



MADAGASCAR.—Entrevista del P. Jouen con Rabuky, rey de Baly. (Pág. 94).

Las Misiones católicas entre infieles constituyen un punto interesantísimo entre los interesantes. El movimiento católico de propagación ha de partir y de hecho parte de Roma y del Papa. En Roma está el centro de unidad. La Misión que de otra parte procede es ilegítima, usurpada y estéril para el bien. Quien no entró por la puerta que el Papa abre, no es apóstol, es intruso; viene para seducir, perder y matar. De éstos debe decirse lo que de los falsos Profetas de Israel decía el Señor: *Yo no les he enviado; ellos de suyo corren. Yo no les hablé; ellos profetizan á su antojo.* ¡Ah! desgraciadamente no se ha extinguido la raza maldita de los falsos profetas; son al contrario más numerosos cada día. Protestantes, espiritistas, francmasones... hé ahí los falsos profetas. El demonio, que es su inspirador y su padre, como presintiese que le *queda poco tiempo*, según el lenguaje de los Libros santos, mueve hoy más que nunca los celos y la envidia de los sectarios, quienes no satisfechos con subvertir los caminos rectos del Señor, soplando la discordia y avivando el espíritu de la revolución en medio de los pueblos católicos, que no otra cosa hacen los protestantes, espiritistas y todos los forjadores de religiones contrahechas, por más que no lo digan ellos, no lo crean personas sobradamente candidas, y finjan no creerlo otras que se pasan de maliciosas; no satisfechos con todo esto, envían á las cinco partes del mundo, á los continentes y á las islas, sus emisarios, que á semejanza de los escribas y fariseos hipócritas, contra quienes tronaba el Señor, giran por mar y tierra á trueque de allegar un prosélito, á quien, convertido á su manera, hacen dos veces más digno que antes del infierno; in-

virtiendo en esa obra de *perversion* sumas fabulosas. ¿No podríamos hacer otro tanto los católicos para la *conversion* de los infieles? ¿Han de ser siempre más prudentes que los hijos de la luz los hijos de las tinieblas? ¿Por qué, como éstos, no han de asociarse los católicos y cotizarse mutuamente para reunir recursos abundantes, con los cuales dar mayor extensión á las Misiones entre infieles, contrarrestar los trabajos de la herejía, y rescatar de su poder á tantos engañados por la astucia y el fraude, ó comprados al precio de vil dinero? ¿Por ventura la sangre de Cristo, derramada en rescate de aquellas almas que la herejía le roba, no vale unos cuantos maravises sustraídos á vuestras comodidades y placeres? ¿Y no os halaga la idea de presentaros el día de la gran cuenta ante el Juez de vivos y muertos, y de poder decirle con segura confianza: Señor, yo no fui predicador, no fui misionero, pero estuve con vuestros misioneros en las sabanas de América, en los desiertos del Africa, en las estepas del Asia, en las inhospitalarias playas de la Oceania, en los continentes y en las islas, en todas partes; á todas les acompañó mi desprendimiento; mis limosnas han costado sus viajes por mar y tierra, les han abierto las fronteras enemigas, les han vestido, les han suministrado el pan cotidiano, han matado su hambre?—¡Oh! esto es magnífico, pero no tengo para tanto, decís.—Hombres de poca fe, ¿no sabéis el valor que el dinerillo de la pobre viuda alcanza en el tesoro de la Iglesia, y como en las manos de Dios crecen y se multiplican unos pocos panes?

Hemos insinuado y es por otra parte muy sabido que los protestantes de las mil sectas en que se divide el

monstruoso engendro del orgullo, de la lujuria y de todas las malas pasiones, que dió en llamarse, por antífrasis sin Juda, *la Reforma*, recaudan anualmente sumas enormes que invierten en levantar templos y escuelas, en asalarar ministros é instructores, y, reconociéndose estériles para engendrar hijos á Jesucristo, en comprar discípulos y conversos que no les conquistaria la gracia de la fecundidad espiritual de que carecen, ó la convicción razonable que no puede inspirar la mentira. ¡Oh qué afán por la obra inicua de perder almas! Por de contado, si los que á ella contribuyen con sus cuotas los hay quizás que lo hacen de buena fe, creyendo hacer una obra agradable á Dios, lo cual no discutimos; no están ciertamente en este caso los que tienen la dirección, los cuales saben á punto fijo que el protestantismo, en que no creen, ha muerto como religión; no siendo al presente más que un negocio de dominación ó granjería, un instrumento de propaganda revolucionaria y una máquina de guerra contra la Iglesia católica, que es el único obstáculo serio de sus funestos proyectos. Y ¿no deberíamos nosotros hacer por el cielo y el amor de nuestros hermanos, por la propagación de la verdad entre los pueblos bárbaros y la consolidación del orden en el mundo civil por medio de la religión verdadera, lo que los protestantes hacen por miras mundanas y por la causa del error y de la revolución? Su conducta nos avergüenza y acusa. Ellos pocos en comparación de los católicos, pocos y divididos según los mil distintos matices que el genio de la herejía distingue, cada día que pasa, en sus erróneas doctrinas; ellos pocos y divididos en frente de nosotros unidos en la fe de un Dios, de un Bautismo y de una Iglesia *una*; ellos tienen tesoros sin cuento para sus emisarios y sus obras, y ¡nosotros consentimos que languidezcan y no tomen mayor vuelo las Misiones católicas, por falta de un pedazo de pan para los antiguos misioneros, y unas cuantas monedas para pagar el flete de viaje de los nuevos! En verdad esto nos avergüenza. Y esto no debe seguir así.

(Extracto de una pastoral reciente del Ilmo. Dr. D. Benito Vilamitjana y Vila, arzobispo de Tarragona).

EL PATRIARCADO DE ANTIOQUÍA.

V.

CELEBRIDADES DE ANTIOQUÍA.

El Catolicismo es fecundo en glorias las más eminentes, puras y durables. Si su luz ilumina los entendimientos, su calor lleva el corazón hasta el sacrificio.

Tuvo en todo tiempo laboriosos defensores y cultivadores animosos que al través de los siglos han brillado como doctores de la verdad, y han sido asombro del mundo, vivificándole con su caridad.

Si el infierno se muestra tenaz en sembrar la mentira y la corrupción de costumbres, el cielo nunca ha abandonado la lucha. El Evangelio es militante, y los combates son su vida. Nunca jamás arrió bandera ante la herejía, el cisma y el paganismo ergotista ó sanguinario. Regando la arena con su sangre y vertiéndola sobre los potros y hogueras ó bajo la cuchilla, así glorificaron su fe y conquistaron el mundo los héroes del Cristianismo: *Sanguis Martyrum semen christianorum*.

Los Apóstoles habían fundado aún á costa de su vida

las Iglesias de Jerusalén, de Antioquía, de Roma, de Alejandría, de Corinto y tantas otras; y por todas partes, ya en su tiempo, la cruz salvaba á las almas. Ante la nueva Ley desplomábase el mundo antiguo, hundiéndose en sus ruinas sus bajezas, su barbarie y sus infamias.

Cada región y cada pueblo tiene sus héroes cristianos; todo hogar ha tenido sus santos.

Antioquía, esta Iglesia tan numerosa y ferviente, ha tenido sus glorias cristianas.

Hemos nombrado ya los Bernabés, los Pablos, los Judas, los Silas, los Pedros, los Evodios, y sólo Dios podría revelarnos miles de nombres desconocidos del mundo, pero inscritos en el libro de la vida. Nosotros no podemos mencionar sino algunos entre los que las ruinas del Oriente han dejado sobrevivir.

En primer lugar ese gran mártir del primer siglo, san Ignacio, patriarca de Antioquía, discípulo de san Pedro y de san Juan, por sobrenombre Teóforo, ó *Porta-Dios*.

San Ignacio era oriundo de Siria, y fué consagrado obispo de Antioquía el año 68, después de san Evodio, sucesor inmediato de san Pedro en aquella Sede. Gobernó su Iglesia con el celo de un discípulo y de un imitador de los Apóstoles, y nada iguala su caridad ardiente, su fe viva y su profunda humildad.

Trajano, ¡el dulce, el benigno Trajano! perseguía á la Iglesia. Ignacio comparece á su presencia lleno de valor; háblale con la libertad de un obispo, y recoge al pie de su tribunal la palma del mártir. Trajano le condena á una muerte bárbara. Enviado de Antioquía á Roma para ser pasto de las fieras y servir de diversión al pueblo romano, no perdona ocasión, en tan largo viaje, de satisfacer su celo.

Cargado de cadenas, pasa por Esmirna, cuyo obispo era Policarpo, discípulo de Juan, y le recomienda por escrito su querida Iglesia de Antioquía. Consuela con su palabra á las cristiandades que encuentra á su paso, y escribe á las otras animando á los fieles á no temer las persecuciones y á perseverar en el amor de Jesucristo.

En su epístola á los romanos levanta una punta del velo que oculta sus sufrimientos. «De Siria á Roma, dice, por tierra y por mar, he de combatir contra las bestias; día y noche me tienen atado en medio de diez leopardos. Estas bestias, estos leopardos son los soldados que me guardan y á quienes los beneficios sirven sólo para hacerles peores. Sus malos tratamientos redundan en provecho de mi salvación; pero ¡ah! todavía no he hallado gracia á los ojos de Dios. ¡Que no haya tenido la dicha de verme frente á frente de los leones á los cuales me tienen destinado! ¡Plegue al cielo que cuanto antes me destrocen y devoren, y que no suceda lo que á tantos Mártires, á quienes han respetado! Si no osasen arrojarse sobre mí, yo mismo les excitaria. No os inquietéis, hijos míos, que yo sé lo que más me conviene. Comienzo á ser discípulo de Jesucristo: nada quiero de los bienes de aquí bajo; si sólo reunirme con mi Dios. ¡Qué me importan el fuego, la cruz, las bestias feroces! ¡Qué me importa tener los huesos descoyuntados, lacerados los miembros y el cuerpo reducido á polvo, mientras goce de Jesucristo! Desafío todos los tormentos que la rabia del demonio pueda inventar.»

¡Qué valor, qué humildad, qué amor el de este anciano!

En Roma quieren los fieles librarle de la muerte, y rechaza su intento. Expuesto á las fieras en el anfiteatro y al oír el rugido de los leones, exclama impaciente por el martirio: «Soy trigo de los trojes de Cristo, y quiero ser molido por los dientes de las bestias á fin de convertirme en pan bastante puro para serle ofrecido.»

Ve sin temblar acercársele los leones, y entrega á Dios el alma con amor. Era el año 107, el undécimo del reinado de Trajano. Los fieles pudieron recoger sus restos, y los llevaron á Antioquía.

Ignacio fué un gran obispo y un gran santo. Sus epístolas atestiguan su piedad, su ciencia y su celo, y son uno de los más piadosos monumentos de la fe y disciplina de la primitiva Iglesia.

Antioquía fué patria del evangelista san Lucas, médico de dicha ciudad, y después discípulo de san Pablo y compañero suyo en sus viajes.

En 360 ocupó la Sede de Antioquía san Melecio, constituyendo su gloria tres destierros y dos oraciones fúnebres, una de san Gregorio Niseno y otra de san Juan Crisóstomo.

En Antioquía nació este último Santo en 344, de una de las principales familias de la ciudad. Su elocuencia le mereció el nombre de Crisóstomo, *boca de oro*. Terminados sus estudios con el más lisonjero éxito, quiso dedicarse á la abogacía; pero, dócil á la gracia interior, abandonó el mundo y sus favores para retirarse al desierto. Al intento escogió una gruta en las montañas vecinas de Antioquía, en donde pasó dos años entregado al estudio y á ejercicios de la más rigurosa penitencia. Las enfermedades le hicieron volver á Antioquía, en donde fué ordenado sacerdote en 383. Encargado de predicar la palabra de Dios, brilló por su prodigioso talento.

Un día en que los habitantes de la ciudad se habían amotinado, Juan compartió con el obispo Flaviano la gloria de calmar la cólera del emperador ultrajado, Teodosio el Grande.

Por sus virtudes fué Juan colocado en la Sede de Constantinopla. Murió en el destierro, y todo el mundo le admiró como una de las más brillantes lumbreras del Oriente.

Sus obras, tantas veces reimpresas, bastarían para hacer imperecedero el nombre de san Juan Crisóstomo si la historia de su vida y de su siglo no nos hubiesen transmitido el cuadro de sus virtudes y de sus sufrimientos, y la inmensidad de sus trabajos.

Antioquía vió también nacer en su seno al historiador Amiano Marcelino, y tuvo además el honor de dar hospitalidad á san Jerónimo, el gran sabio y gran anacoreta.

CORRESPONDENCIA.

CHINA.

Relacion del P. J.-B. Pong, de la Congregacion de la Mision.

Un protestante indígena llamado Chao-yu-tsing, originario del King-hoa-fu, que fué expulsado de su secta por sus correligionarios de la ciudad de Kiu-tcheu á causa de su conducta desarreglada, vino á nosotros pidiendo le admitiéramos entre nuestros catecúmenos; pero como no le conocíamos, sin desecharlo ni prometerle

nada, le dejamos venir á estudiar la doctrina y las oraciones junto con los demás. Poco tardamos en descubrir que su único objeto era obtener de nosotros un empleo lucrativo; supimos además cómo había sido expelido por dichos sectarios, y por estas razones le dimos á entender que nada tenía que esperar de nosotros. Esto ocurría en Octubre de 1878.

Entonces nos dejó y se fué á la ciudad de Kiang-chan al objeto de hacer allí su negocio, que consistía en vender píldoras á los fumadores de opio para corregirles de este vicio. En esta ciudad trabó relaciones con un tal Ing-siang-yun, que tenía muchos amigos. Habiéndole éste oído hablar de la existencia de Dios y de algunas otras verdades cristianas, creyó en seguida. Su mujer padecía hace tiempo una enfermedad que decían ser una obsesión del demonio. Para libertarla se habían apurado todos los recursos del arte y de la superstición, pero en vano. Cierta día Chao-yu-tsing le recitó las oraciones católicas que se hallan al principio de nuestro primer catecismo, y, cosa admirable, quedó libre al instante. Este suceso hizo de su marido un discípulo más fervoroso de Chao-yu-tsing; pero como éste era más protestante que católico, sólo pudo enseñarle lo que sabía. Esto no impidió, sin embargo, que se juntasen los dos para predicar, y no tardaron en tener buen número de oyentes que se decían sus adeptos. Semejante muchedumbre excitó la malignidad de ciertos personajes influyentes, que empezaron á esparcir contra ellos rumores de mala especie, acusándoles en particular de vender píldoras so pretexto de curar á los fumadores de opio, pero en realidad para envenenarlos.

Entonces el subprefecto de Kiang-chan dió orden al Pu-ting (1) para que acompañado de algunos satélites procediese á la prision de ambos, incautándose al mismo tiempo de las cajas y libros de Chao-yu-tsing, cuyo contenido fué examinado en 2 de Mayo de 1879 en presencia de los acusados; pero no habiendo encontrado nada punible en el presunto cuerpo de delito, fueron absueltos y puestos en libertad.

Sin embargo, el subprefecto preguntó á Ing-siang-yun por qué se había afiliado á semejante religion.

—La razon es, respondió, á causa del diablo que atormentaba á mi mujer.

—¿Cómo! ¿á causa del diablo?

—Sí, repuso; se rezaron oraciones, y el diablo huyó.

El mandarin estupefacto dijo:

—Es extraño que el diablo haya huido por rezar oraciones.

El día siguiente hizo llamar á Ing-siang-yun; exhortóle á que no creyese en la nueva religion, y le afeó el haber hablado mal al mandarin: con este motivo le hizo dar veinte bofetones y lo despachó. Al saber nosotros estos sucesos enviámos un cristiano á Ing-siang-yun para consolarle y animarle á abrazar generosamente la fe católica, cuya atencion le causó gran regocijo, haciéndole admirar la caridad de nuestra santa Religion.

En el mes de Marzo anterior, como mucha gente deseara entrar en el seno del Cristianismo, enviaron dos personas con encargo de comprar libros en la ciudad de Kiu-tcheu, como los que tenía Chao-yu-tsing, que eran

(1) Comisario de policia destinado á la persecucion de los ladrones.

católicos unos y protestantes otros. Los comisionados, por consejo de Chao-yu-tsing, se presentaron desde luego á los protestantes, diciéndose enviados por él para comprar libros. Pero como el empleado á quien se dirigieron era enemigo personal de Chao-yu-tsing, los rechazó con indignación.

Acudieron entonces á nosotros: como nada sabíamos de lo que había pasado con los protestantes, no vimos inconveniente en cederles los libros que deseaban.

Después de los interrogatorios de que arriba he hablado, nuestros predicantes, creyendo que el mandarin estaba bastante bien dispuesto en favor de su doctrina, peroraban con más ánimo, y hasta se determinaron á enviarle algunos libros de religión, no en su propio nombre, sino en el de un ministro protestante europeo, cuya tarjeta incluyeron en el paquete de remesa.

Algun tiempo después el mandarin, habiendo visto al ministro protestante, le preguntó si los libros y los hombres habían sido enviados por él. Nególo rotundamente, y aún añadió que Chao-yu-tsing había sido expulsado de su secta por no observar sus preceptos. En vista de esto, en 16 de Mayo el mandarin citó de nuevo á la barra á Chao-yu-tsing, y le condenó á abandonar inmediatamente su territorio, haciéndole conducir hasta la ciudad de King-hoa, cabeza del departamento de su naturaleza.

Este suceso causó gran perturbación entre los adeptos de la nueva religión. Ing-siang-yun huyó, refugiándose en nuestra residencia de Kiu-tcheu. Ninguna orden dió el mandarin, pero los adversarios de nuestros dos predicantes se aprovecharon de su ausencia para vejar á sus adeptos, particularmente la familia de Ing-siang-yun y la de su hermana, casada á 10 *lis* fuera de la ciudad con un honrado propietario llamado Yang-tchang-fa.

El capataz de estos perseguidores era un tal Ho-ju-hu, hombre acaudalado é influyente en los tribunales. De cada cien procesos metía mano lo menos en noventa y nueve, como de ello se jactaba. Su familia estaba aliada desde tres generaciones atrás con la de Yang-tchang-fa, cuya hija, que sólo contaba seis años, estaba ya prometida á un miembro de aquella. Por esto resolvió emplear todos los medios directos é indirectos para impedir que la familia Yang se hiciese cristiana, y empezó á hostilizarla so pretexto del acordado matrimonio. La madre de la niña, que estaba ya sinceramente convertida, le mandó á decir: «que nada debían importarle sus creencias; que si no quería á su hija por nuera, no había más que devolverle el contrato esponsalicio; que ningún estorbo les hacía la niña, y que no les faltaría con quien acomodarla.» A esta intima estuvo lejos de darse por vencido: el 17 de Mayo, sin dar conocimiento al mandarin, envió á la morada de los Yang-tchang-fa algunos satélites para espantarlos. Bien se esforzaron en conseguirlo durante un día, pero la mujer de Yang les dijo al fin:

— Si, somos católicos y tenemos libros católicos: en cuanto á mi hermano Ing-siang-yun, á quien buscáis, no se halla aquí. Está en la ciudad de Kiu-tcheu con los misioneros católicos: si quereis verle, id allá.

A esta declaración tan terminante los satélites se retiraron y volvieron á la ciudad.

Estas pobres gentes no tenían esperanza humana sino de nuestra parte; pero nosotros no poníamos mucha fe en su sinceridad por causa del protestante Chao-yu-

tsing, que les tenía por convertidos. Dímosles, pues, á entender que para nada nos ocuparíamos de ellos mientras no renunciasen á toda suerte de relaciones con aquel sectario y no se pusiesen resueltamente á aprender nuestras oraciones y catecismos. Así lo prometieron, y cumplieron su palabra.

Sin embargo, ni por esto se dió por vencido Ho-ju-hu, antes bien inventó otra estratagema. Dirigióse al jefe de la familia Yang, llamado Yang-king-ting, y lo excitó contra su sobrino Yang-tchang-fa. Representóle entonces como entregándose á extranjeros y en consecuencia haciéndose católico no debía ya ser considerado como chino. Procedía, pues, expulsarlo y apoderarse de todos sus bienes. Después de estas inspiraciones, en 1.º de Julio Yan-king-ting se presentó en casa de su sobrino Yang-tchang-fa, abrumando de maldiciones á éste y á su familia, á las cuales no contestaron. El día siguiente volvió á la carga, pero acompañado de su hijo y de una turba de sujetos de mala índole. Así que la mujer de Yang-tchang-fa tuvo noticia de ello, hizo que su marido se evadiese, no fuera que, como dijo más tarde, oprimido por las vejaciones que se le preparaban, abjurase de una fe en la que no estaba fuerte. En cuanto á ella, dispúsose á arrostrar por sí sola el furor de aquella turba amotinada. En efecto: amenazas, gritos desaforados, golpes, nada se omitió. Revolvieronlo todo en su casa, destrozaron varios muebles, algunos de sus adornos desaparecieron, y sobre todo la golpearon tan brutalmente que se temió por su vida.

En vista de esto su hermano Ing-siang-yun, que acababa de regresar de Kiu-tcheu, acudió al Ty-pao (1) para hacer constar el estado de su hermana, los daños ocasionados en su casa, y obligar al causante á una reparación. Pero el Ty-pao nada pudo contra Ho-ju-hu, y en su virtud Ing-siang-yun en nombre de su hermana dirigió un memorial al subprefecto de Kiang-chan, exponiéndole todo cuanto había pasado y pidiendo justicia. El mandarin, inspirado por Ho-ju-hu, desechó el memorial so pretexto de no estar conforme á la ley. El deseo de Ho-ju-hu era obtener del mandarin una orden de prisión contra Ing-siang-yun por ser el portaestandarte de la nueva religión, que no cesaba de propagar en todas partes. Como éste no ignoraba sus designios, una vez fracasada la querrela de su hermana se dirigió otra vez á nosotros en Kiu-tcheu.

Las cosas de ningún modo podían seguir así: tal era la voz general; pues de otra manera estos pobres catecúmenos iban á pasarlo mal. Teníamos al corriente de todo á nuestro Obispo, y S. I., viendo que los asuntos habían llegado á tal extremo y queriendo reservarse para circunstancias más graves, dispuso escribiéramos al subprefecto de Kiang-chan, poniéndole de manifiesto las cláusulas de los tratados vigentes, favorables al Catolicismo, y rogándole no permitiese vejar á estas pobres gentes so pretexto de haber abrazado una religión permitida por el Emperador.

Pero ¿qué hacía mientras tanto la mujer de Yang-tchang-fa? Tan luego como su cuñada, esposa de Ing-siang-yun, supo lo que había pasado, se trasladó á su casa para consolarla y cuidarla. ¿En qué se ocupan juntas? Ni una queja exhalan contra sus perseguidores; re-

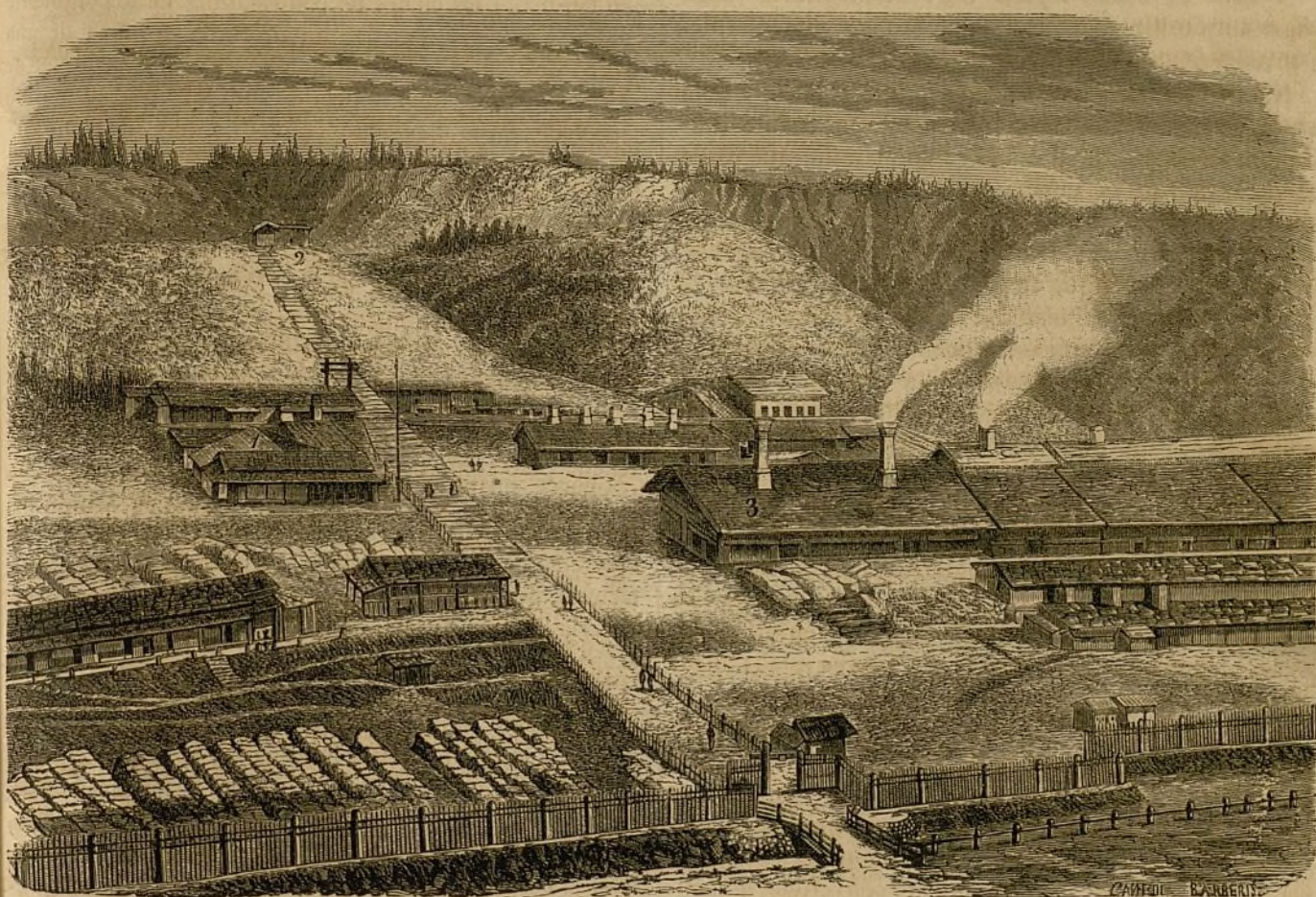
(1) Alcalde de pueblo ó de barrio.

zan en comun, y admiran la manera como han sido libertadas del protestante Chao-yu-tsing, igualmente que las circunstancias que les han dado á conocer la religion verdadera.

—¿Qué nos enseñaba aquel hombre? se preguntaban. Decíanos que adorásemos á Dios y no á los ídolos; pero nada más. Sólo se ocupaba de su negocio: hé aqui verdaderamente un hombre sin caridad.

Hacia poco que la mujer Ing estaba con estas buenas disposiciones. Al ver que el Catolicismo era objeto de tantas contrariedades, entró en la duda de si esta religion seria la verdadera. No tardó en ser presa nuevamente de la obsesion de que habia quedado libre con las oraciones católicas recitadas por Chao-yu-tsing. Veíasela paralizada y oprimida de tal manera, que estaba á punto

de quedar ahogada. Quería defenderse, pero no podía; deseaba orar, pero aún no sabia oracion alguna, excepto la señal de la cruz. Hizò, pues, grandes esfuerzos para hacer sobre ella esta señal de nuestra salvacion. En fin, despues de inauditos esfuerzos, consiguió llevar la mano á su frente. Inmediatamente quedó libre y restituida á su estado ordinario. Así por lo menos lo refiere ella, como tambien su marido, á cuantos quieren oirles. Desde entonces se ha puesto con todo afan á instruirse y aprender nuestras oraciones: por esto se ha vuelto tan fervorosa. Su cuñada la mujer Yang, postrada en cama como estaba, no parecia cuidarse de sus dolores, poniendo todo su cuidado en instruir á sus hijos, que hacia arrimar á su lecho para enseñarles cuanto sabia sobre oraciones y catecismo. Tambien se interesaba vivamente por una



DE HAKODATÉ Á YOKOHAMA.—Fábrica metalúrgica en Cosaka Ghinzan. (Pág. 107).

1. Casa de los capataces.—2. Pequeña pagoda ó *miya*.—3. Talleres.

niña que su hermano habia salvado de la muerte y á quien ella se habia encargado de criar. Informábase á menudo de su estado, y vigilaba continuamente para que nada le faltase. En una palabra, la fe de estas dos mujeres es verdaderamente admirable: como san Pablo, no pierden ocasion alguna para anunciar la buena nueva; se regocijan en medio de las tribulaciones, y no piden más que dos cosas: la paz y la conversion de los infieles.

Pero volvamos á nuestra relacion. Tan pronto como supimos lo dispuesto por nuestro Obispo escribimos una carta al subprefecto de Kiang-chan, y se la remitimos por conducto de un cristiano de Kiu-tcheu. Este se presentó al tribunal el 4 de Agosto, á eso de las dos de la tarde. Fué mal recibido, tanto, que querian arrestarlo y

encarcelarlo antes de enterarse del contenido de la carta. Sin embargo, despues de varias explicaciones fuéle permitido retirarse á casa de Ing-siang-yun. La noche del mismo dia algunos satélites fuéron en busca de uno y otro para hacerlos comparecer ante el Pu-ting, que habia recibido para este asunto dinero de Ho-ju-hu. El Pu-ting empezó por recibir indagatoria al cristiano, y como éste respondiera con suma entereza, lo quitó de su presencia, añadiendo que la carta de que habia sido portador no merecia contestacion. Entonces hizo pasar á Ing-siang-yun, y le preguntó por qué queria adorar á Dios.

—Para llegar á la santidad, le respondió.

—Para ser santo, dijo el Pu-ting, puede uno serlo á lo chino y por distintos medios.

— Al adorar á Dios, repuso Ing, no por eso violó las leyes.

— Que se le den quinientos azotes, gritó el Pu-ting.

Cuando hubieron concluido le preguntó si aún quería adorar á Dios.

— Sí, le adoraré hasta la muerte.

— Pues dadle otros trescientos.

Terminados éstos le dijo de nuevo :

— ¿Quieres por fin obedecer?

— Sí, en todo ; pero renunciar á mi religion ¡ jamás !

— Que se le den otros doscientos azotes, gritó el mandarin.

Después de esto lo hizo encarcelar. Nuestro cristiano le siguió en la prision, condoliéndose de verle así maltratado.

— Esto es nada, repuso Ing; solamente te ruego digas á mi mujer que busque dinero para alimentarme, porque no tengo un céntimo.

Nuestro cristiano llevaba consigo una piastra, y se la entregó al momento. Dicha fué para él, por cuanto, desde que se vió preso, su carcelero no permitió que nadie le viera, ni aún su misma mujer; pero, por fin, mediante dinero su mujer y otras personas obtuvieron permiso de visitarle cuanto quisiesen y llevarle alimentos, porque es de saber que en las cárceles chinas no hay de qué comer si no suministra la familia lo necesario; todo lo cual ofrece una ganga considerable á los carceleros.

La mujer, que ordinariamente no salía de casa, por consejo de su cuñada, la mujer lang, iba con frecuencia á visitarle, y como alguna vez lo hallase triste, le exhortaba de este modo :

— ¡ Ánimate, serás libertado! Puedes estar seguro que los misioneros no te olvidan. ¿No ves la paciencia de los demás presos, sin tener como tú la esperanza de salir de la cárcel? ¿No recuerdas lo que nos han referido sobre las vidas de los Santos, los cuales se consideraban felices en padecer por la fe y aún morir por ella? No tengas cuidado de mí, porque á Dios gracias nada me falta.

Al verla tan serena exhortar á su marido, los demás presos estaban admirados, y le decían :

— ¿Cómo es que tu mujer no llora, ni aun está triste? Al contrario, te consuela. Al revés de las nuestras, que, cuando vienen á vernos, no hacen más que gemir y llorar.

¡ Ah! Es que habia ya comprendido algo del espíritu del Cristianismo.

Veinte dias hacia que Ing-siang-yun estaba en la cárcel, cuando el subprefecto tuvo el pensamiento de ponerlo en libertad. Pero antes hizo preparar una gran cruz, y exigió de él que la pisara, y después le soltaria inmediatamente. Cuando entró en la sala del juzgado no comprendió lo que se quería hacer con él, pensando que la cruz seria tal vez el instrumento del suplicio que le aguardaba, pues siendo novel catecúmeno ignoraba los medios empleados por los tribunales para hacer apostatar á los cristianos. Así es que habiéndole ordenado el mandarin que pisara la cruz, pues de lo contrario lo haria despedazar á golpes, pasó por encima. Al decirle entonces que con esto habia renunciado al Catolicismo :

— ¡ Eso no! replicó: aún cuando me mateis no renunciaré jamás!

Viendo que no podia hacerle apostatar, el mandarin

le condenó á la *canga* (1). Pusieronle una de las más pesadas del tribunal, de unas ochenta libras de peso, y en ella escribieron estas palabras: *Kia-mao-Kiao-ming* (secario de una mala religion), y lo expusieron así en la plaza pública durante los calores de la canícula. Lo que más le hacia sufrir era verse de aquella manera en su propia ciudad, donde era conocido como un honrado menestral, expuesto á las mofas, risotadas, desprecios é insultos del público. Sin duda tuvo instantes en que llegó á punto de desfallecer, pero no tardaba en cobrar ánimo. Cuando su mujer y su hermana supieron este nuevo suplicio corrieron á verle. Al encontrarle oprimido con aquella enorme canga, imposibilitado de llevar por sí mismo á su boca el alimento que ellas le ofrecian, echaron á llorar.

— ¿Por qué llorais? les dijo: volved á casa, y cuidad á vuestras familias y á la niña recogida.

Allí como en la cárcel no cesaba de rezar y predicar. A sus amigos que le compadecian, respondia :

— ¡ Cómo! Después que Jesucristo ha padecido tantos tormentos y la misma muerte, ¿no podemos sufrir algo por Él y en penitencia de nuestros pecados?

A los infieles que se mofaban de él les decia :

— Las cárceles están hechas para ser habitadas, y las cangas para ser llevadas: si no sirvieran para nadie, ¿á qué haberlas hecho?

A medida que estos acontecimientos llegaban á nuestra noticia los comunicábamos inmediatamente á nuestro Prelado. Cuando S. I. vió el giro que tomaban las cosas resolvió escribir por sí mismo al Tao-tay (2) de Kiu-tcheu; pero como no habia tenido relaciones con él ni le conocia personalmente, pidió al efecto una carta de recomendacion al Tao-tay de Ning-po. Este, después de enterarse de lo que se trataba, escribió una muy satisfactoria, que remitió al señor Obispo para que pudiese hacerla llegar á nuestras manos al mismo tiempo que su despacho al Tao-tay de nuestro distrito.

El Prelado le exponia todos los hechos llegados á su conocimiento, le recordaba los edictos imperiales en favor de la religion católica insertos en el actual código, rogándole amparase y defendiese con la ley en la mano á estas infelices víctimas de tan injusta persecucion. Además, á fin de evitar la repeticion de semejantes atropellos, le exhortaba á que hiciera publicar en la subprefectura de Kiang-chan las disposiciones del Emperador referentes al Catolicismo.

Mas el subprefecto de Kiang-chan no habia aguardado tanto á fin de parar el golpe que le amenazaba. Con este objeto habia escrito al Fu-tay (3) de Hang-tcheu una larga série de mentiras, pintándonos como unos hombres que recogiamos lo más abyecto de la plebe para cubrirla con el manto del Catolicismo. Tan luego como el Fu-tay hubo recibido ese despacho lo transmitió al Tao-tay de Ning-po, con orden de que á su vez lo trasladase al cónsul de Francia, á fin de que éste pusiese los misioneros á raya. El Tao-tay de Ning-po, en vez de dirigirse al cónsul francés residente en Sang-hai, se contentó con participarlo á nuestro Prelado, á quien suplicaba nos diese las órdenes convenientes para terminar el conflicto á la posible brevedad. El Obispo, que conocia perfecta-

(1) Instrumento de tortura usado en China.

(2) Superintendente de tres distritos ó prefecturas.

(3) Gobernador general de la provincia.

mente el asunto por nuestras cartas, contestó al momento al Tao-tay de Ning-po, rectificando los hechos inexactos, desvaneciendo las calumnias y exhortándole á que se sirviese comunicar esta carta al Fu-tay. Algunos dias despues el Tao-tay contestaba á S. I. que dicha carta habia partido para Hang-tcheu.

Entre tanto el Tao-tay de Kiu-tcheu recibia la comunicacion de nuestro Prelado de que antes he hablado. No bien se habia enterado despachó un Tchay-ting (1), llamado Tchang-tchu-tsieu, con instrucciones, á la ciudad de Kiang-chan. A su llegada se presentó inmediatamente al subprefecto, quien le recibió muy mal, diciéndole que nada tenia que hacer en su jurisdiccion.

—Está bien, le contestó el delegado: ¿quieres acaso ser depuesto? No tardarás en conseguirlo.

Con esto se retiró á la posada para pasar la noche.

El subprefecto, volviendo sobre sí mismo, y reflexionando el poco miramiento que con él habia tenido, le mandó recado excusándose é invitándole á que fuéase á alojarse en la subprefectura. El otro quiso quedarse en la posada, pero al dia siguiente se dirigió al tribunal, donde previa citacion comparecieron las partes, ó mejor diré los dos partidos. El Tchay-ting y el subprefecto eran los jueces. A un lado de la sala estaban Ho-ju-hu, Yang-ting-king y otros perseguidores; al otro Ing-siang-yun con su canga, Yang-tchang-fa, su mujer y otros perseguidos. Abierta la sesion el delegado les habló de esta manera:

—Vosotros, dijo á los catecúmenos, vosotros que queréis adorar al Señor del cielo, podeis verificarlo con toda libertad: nadie tiene derecho para impedirlos. Vosotros, dijo á los paganos, vosotros que adorais á los ídolos, tambien sois libres de hacerlo; obrad como querais. Pero, continuó dirigiéndose á los catecúmenos, si álguien pretende impedirlos que adoreis al Señor del cielo, dadme parte; yo me encargo de ponerlo á raya.

Esta declaracion tan clara y terminante fué un verdadero bálsamo para el corazon de nuestros catecúmenos, mientras cayó como una bomba en medio de sus adversarios. El delegado quiso aprovechar la ocasion para terminar todas sus diferencias. Durante la sesion hizo restituir á Yang-tchang-fa los titulos de sus propiedades que querian arrebatarle. Quiso tambien que se diera una indemnizacion á los catecúmenos, mas éstos nada quisieron aceptar, por lo menos sin haber tenido antes mi asentimiento: en su virtud se levantó la sesion.

Todos se retiraron, incluso Ing-siang-yun, que volvió á la cárcel con su canga. Durante el camino decia bromeando:

—Aquí acabaré mis dias con este mueble.

Pero ya entrada la noche el subprefecto le hizo comparecer de nuevo á su presencia, rodeado de algunos satélites y del Ty-pao. Hizole entonces quitar su canga, diciéndole:

—Si no te soltara, nunca podrias ver al sacerdote de tu religion.

Así terminó para nuestros catecúmenos este famoso asunto, que tuvo gran eco en toda la comarca, y cuya consecuencia inmediata fué aumentar el número de creyentes del Dios verdadero. Actualmente son unos cincuenta que aprenden el catecismo y las oraciones, dis-

poniéndose para el bautismo. Hay otros muchos que hablan de imitarlos; no obstante, aún no nos inspiran bastante seguridad para que podamos contarlos en nuestro redil.

Pero ¿qué castigos se han impuesto á sus adversarios? Como entre los culpables habia mandarines, no es fácil saberlo. Es probable, sin embargo, que Ho-ju-hu y Punting no han salido del paso sin aflojar buenas sumas de dinero. En cuanto al subprefecto, ha publicado por medio de proclamas la libertad del Catolicismo en su jurisdiccion, lo que ha debido costarle caro, por cuanto no ha tardado en ser depuesto. ¿De dónde provendrá esta última pena? Lo ignoramos; pero no extrañaríamos fuese una consecuencia de la carta de nuestro Prelado remitida al Fu-tay por conducto del Tao-tay de Ning-po. *Soli Deo honor et gloria.*

JAPON.

Osaka es una de las ciudades más célebres en la historia de la Iglesia del Japon. Fué de las primeras que tuvo la dicha de oír la buena nueva del Evangelio, y en Jella fijaron en otro tiempo su residencia numerosos misioneros pertenecientes á diversas familias religiosas. Allí establecieron asimismo el centro de su accion, que se extendia á todas las provincias del Sur de la grande isla de Nippon y á las del Chicocu. En Osaka vino á buscar la persecucion sus primeras víctimas, y en ella moraban la mayor parte de los veinte y seis Mártires japoneses á quienes Pio IX elevó al honor de los altares. Allí fueron detenidos, encadenados, mutilados y expuestos ignominiosamente á la vergüenza pública, y allí, finalmente, tuvo principio aquella larga série de ultrajes y padecimientos que terminó en Nagasaki por el suplicio de la cruz.

La palabra de Dios y la sangre de los Mártires no fueron estériles. Gran número de habitantes de Osaka y de los países próximos abrazaron la fe de Jesucristo, confesándola más tarde generosamente en medio de crueles torturas. Como en el resto del Japon, las persecuciones sólo cesaron cuando no pudieron encontrarse más víctimas, y el Cristianismo pareció ahogado en la sangre de sus hijos.

Así es que cuando dos siglos más tarde nuevos misioneros fueron á establecerse en Osaka, no encontraron el menor vestigio de cristianismo. Sin embargo, trabajando con un celo, al cual no rehusó el Señor algun buen éxito, en la evangelizacion de aquel país y en la formacion de nuevas cristandades, no podian desear el presentimiento de que en algun oscuro retiro hallarian quizá, ignorados de los hombres, pero conocidos de Dios, descendientes de los antiguos cristianos. Y con esa paciencia con que el historiador escudriña los documentos por cuyo medio puede hacer revivir un pasado que no careció de gloria, los misioneros han buscado con el mayor ahinco los restos de la Iglesia de Osaka.

Gracias á Dios sus esperanzas no se han visto defraudadas, y la presencia de hijos de los antiguos cristianos japoneses en varias localidades de los alrededores de Osaka, es en la actualidad un hecho indubitante. La tarea de los misioneros consiste ahora en atraer al redil del buen Pastor esas ovejas errantes y tan dignas de interés. Para esto debe triunfarse del natural temor que una persecucion dos veces secular les ha inspirado, y que les mantiene aún alejados de la profesion exterior de la religion cristiana. Obtenido este primer objeto, habrá que instruir á aquellos pobres cristianos y prepararles para recibir los santos Sacramentos. Las oraciones y las simpatías de los católicos no faltarán á tan excelente apostolado, y contribuirán en gran parte al feliz éxito de la empresa.

En una carta de 20 de Enero de 1880, el Rdo. Plesis, uno de los misioneros de Osaka, ha dado acerca el punto que nos ocupa algunos detalles que han de interesar la piedad de los fieles en favor de esta Mision.

Me hablais, escribe á su corresponsal, de cristianos que subsisten todavía. Este descubrimiento ha sido para mí un gran consuelo.

Fué el 14 de Febrero de 1879 el dia en que, por la

(1) Mandarin subalterno delegado para asuntos de su superior.

gracia de Dios, los hemos hallado en una aldea sita en los montes á algunas leguas de Osaka.

Desde hace mucho tiempo recogia interesantes detalles acerca de los admirables restos de la grande Iglesia del Japon. Un cristiano bautizado por los popes rusos me proporcionó las noticias más exactas. Este buen hombre (1) me indicó entre otras cosas muchas aldeas de los alrededores en las cuales se habian conservado las tradiciones cristianas. Refirióme que hasta la caída de los Tōcugawa (2) en 1868, los moradores cristianos de aquellas localidades estaban sujetos á continuas pesquisas, y que además cada vez que fallecia uno de ellos, sus parientes estaban obligados á ponerlo en conocimiento de los oficiales del príncipe de quien eran vasallos.

Estos dirigíanse entonces á la casa del difunto, hacian enterrar el cadáver á su presencia, y sobre su tumba

hundían una estaca que, en la mente de los perseguidores, debía impedir á los cristianos que resucitasen.

Mas ¡admírese la economía de la divina Providencia, y cómo hace servir todas las cosas, aún los designios de los impíos, para el cumplimiento de su voluntad y la manifestacion de su infinita misericordia!

En el momento dispuesto por Dios, esta señal de oprobio con que se marcaba la tumba de los neófitos, en vez de impedirles que resucitaran, como se pretendía, ha sido precisamente el medio que ha permitido reconocerles, y del que el Señor se ha servido para hacerles renacer muy pronto, como lo espero, á la vida de la gracia. Los oficiales, es cierto, no se proponían este fin: su objeto era aprovechar la ocasion para sacar dinero á los cristianos y perseguirles hasta en el sepulcro.

Tan pronto como tuve conocimiento de esos detalles,



DE HAKODATÉ Á YOKOHAMA.—Minas de oro y cobre en Dozan. (Pág. 108).

envié á dos catequistas á buscar á esas queridas almas que Dios ha conservado al Japon, como reliquias de tantos mártires sus abuelos. Mis enviados, recién convertidos, despues de andar cuatro leguas por montes que les eran desconocidos, temieron que les faltase el valor, y por lo mismo rezaron fervorosamente el Rosario, á fin de que María, nuestra buena Madre, les hiciese salir airoso de su empresa.

(1) Este hombre convertido por los rusos parece que está en la más completa buena fe, y espero que Dios le iluminará algún día. Así que los cristianos á quienes ha hecho descubrir vuelvan á la práctica de la religion, rogarán por él, y será ésta una de mis primeras recomendaciones.

(2) Nombre de familia de los antiguos Choguns ó Taicuns, cuyo jefe fué el célebre Ieyas, encarnizado perseguidor del Cristianismo.

Por fin llegaron á un villorrio, y como á nadie conocían en él, no sabían qué partido tomar para adquirir las noticias indispensables. Temían fundadamente comprometer el éxito de su mision dirigiéndose al primero que les saliese al paso.

Despues de encomendarse de nuevo á la santísima Virgen, entraron en un casa con pretexto de reponerse de la fatiga del viaje y de fumar una pipa, segun costumbre del país. Cabalmente el dueño de la casa era de la misma localidad que uno de los dos catequistas, y pronto se trabaron ó renováronse relaciones. Las familias de ambos compatriotas eran vecinas, de suerte que mis hombres encontraron amigos allí donde temían dar sólo con enemigos.

Prolongóse la conversacion, y los dos cristianos in-

terrogaron á su huésped acerca las costumbres del país. Pronto supieron lo que se proponían, esto es, que en una aldea vecina el hecho que se nos había referido en Osaka verificóse hasta esos últimos años al fallecer alguno de sus moradores.

Satisfechos con este primer resultado, los catequistas prosiguieron su marcha. Al llegar al punto indicado penetraron en una casa, en la que sólo encontraron, acostada y enferma, una mujer de unos cuarenta años.

Levantóse así que entraron, y les recibió con una cordialidad que no dejó de sorprenderles. Preguntóles el objeto de su viaje por aquellas montañas, en las que tan raro es encontrar extranjeros. Respondióle uno de los catequistas que habían venido para consolar á los infelices que tuvieron mucho que sufrir en otro tiempo y que indudablemente no se habían repuesto del terror que les causara la persecucion. Afirmaron que la religion del Señor del cielo era la única buena, y que el Gobierno había cesado de proscribirla.

—En efecto, repuso la mujer, la religion de Dios es muy digna de todo el amor de los hombres, y todos debieran seguirla.

Entonces preguntáronle los catequistas si conocía esta religion, á lo que respondió que, no teniendo quien la instruyera, casi nada sabía de ella, pero que en otro tiempo la aldea y todas las inmediatas eran cristianas.

Refirió como hacia pocos años que á la muerte de los neófitos venían los oficiales á clavar una estaca en la tumba del difunto, añadiendo que su padre había sido enterrado de esta suerte, lo mismo que otras personas conocidas suyas. Manifestó asimismo que en algunas casas no había tablitas de los antepasados, y que eran pura y sencillamente cristianas sin mezcla de paganismo.

Respondiendo á una pregunta de los catequistas, confesó que en cuanto á oraciones no sabía sino el *Ave María*, y habiendo recitado esta admirable fórmula, vieron que era enteramente conforme á la usada por los antiguos cristianos descubiertos en Nagasaki.

Mis catequistas no pudieron contener sus lágrimas al oír á esta mujer, la cual por su parte estaba también profundamente conmovida. ¡Sublime encuentro, en efecto, después de varios siglos de destierro! Era el viejo Japon cristiano que acertaba á reunirse con el nuevo para celebrar la gloria de Dios por mediación de María.

Esta Iglesia del Japon es verdaderamente hija muy amada de María, la Reina de los Mártires. Esta es la segunda vez que, bajo sus auspicios, se conservan y manifiestan las tradiciones cristianas, y eso en países muy distantes unos de otros y por gentes que no tenían entre sí comunicacion alguna.

En estas pláticas hízose de noche, y el marido de la mujer en cuestion volvió del campo. Este dijo que, efectivamente, en otro tiempo habían sido cristianos, pero que por su parte todo lo había olvidado. Sin embargo, la mujer refirió que conservaban la costumbre del ayuno durante cuarenta días, y que no sabiendo en qué época fijarlo lo empezaban por la primavera: durante esta cuarentena comían una vez por la mañana, y no volvían á probar nada en todo el día. Sin embargo, á fin de engañar á los paganos y no ser notados, tenían la precaucion de llevar la comida á los trabajadores del campo, sin que empero ninguno la tocara.

Mis dos mensajeros, contentos con la insigne gracia que Dios acababa de concederles, no cabían en sí de gozo. Invitados á pasar la noche en casa de aquellas buenas gentes, lo rehusaron, lo que fué una verdadera desdicha. Habíanse imaginado que debían venir á darme cuenta en seguida de lo que había pasado, y olvidándose de comer y beber, se apresuraron á unírseme, con peligro de extraviarse en aquellos montes desconocidos.

¡Cuál no fué mi sorpresa cuando á media noche llegaron mis catequistas rendidos de cansancio á la posada japonesa en donde les aguardaba, y que es mi acostumbrada mansion en la época en que enseño el catecismo en estos lugares! Al instante me dieron cuenta del resultado de su viaje: nunca he visto hombres más gozosos, y eso que acababan de andar más de doce leguas sin tomar alimento, y caían desfallecidos.

Reprochéles, no obstante, el haber regresado tan pronto y rehusado la invitacion que se les hiciera. Pero sólo más tarde comprendieron la falta que habían cometido sin sospecharlo. En efecto, varias veces han vuelto después á la aldea; pero durante su ausencia llegó el hombre enemigo y sembró la zizaña entre el buen grano. El jefe del lugar, puesto al corriente de lo sucedido, aterrorizó de tal suerte á aquellas pobres gentes, que es ahora imposible entablar relaciones con ellos y atraerlos á Osaka.

Debo añadir un detalle que explica la presencia de cristianos en aquel lugar. La aldea en que viven está situada á poca distancia de Tacatsuki, ciudad que recuerda el nombre de uno de los más ilustres confesores de la fe en el Japon, el valeroso Justo Tacayama Ucon, cuya memoria consérvese aún muy viva en toda la comarca.

Este príncipe era señor de Tacatsuki: general tan hábil como fiel, gozaba constantemente de la estimacion y aprecio del taicun Nabunaga. Habiendo tenido la dicha de abrazar nuestra santa religion, fué siempre en la Corte y en los campamentos modelo de todas las virtudes.

Cuando Nabunaga fué asesinado, Tacayama vengó la muerte de su inmediato señor y contribuyó á la elevacion de Taico-Sama. Este nuevo Chogun le demostró su gratitud persiguiéndole. Justo fué una de las primeras víctimas de la guerra declarada por Taico á la religion cristiana. No atreviéndose á darle muerte, se contentaron con desterrarle, y Tacayama, prefiriendo el destierro á la apostasia, partió para Manila, en donde los españoles le dispensaron la acogida que merecían su rango, su desventura y sobre todo el heroismo de su fe.

Lo infructuoso de todas las tentativas que se han hecho recientemente no me ha desalentado: voy á prepararme auxiliares para ejercer el ministerio cerca de los antiguos cristianos, y abrigo muchas esperanzas, pues los mismos que dicen haberlo olvidado todo, tienen en sumo aprecio nuestra santa religion, y sólo les contiene el temor de ser atropellados por los paganos, temor que desaparecerá paulatinamente, toda vez que hasta estos últimos van convirtiéndose.

Ultimamente he encontrado en la misma ciudad de Osaka dos familias de antiguos neófitos, una de las cuales posee y conserva respetuosamente una cruz encerrada en una cajita. El bisabuelo del jefe de esta familia fué martirizado por la fe.

Al terminar recomiendo á vuestras oraciones mis esperanzas y proyectos. Un obstáculo á su realizacion es desgraciadamente la insuficiencia de mis recursos, pues todos esos viajes agotan en breve la bolsa de un pobre misionero. Pero Dios, como lo confio, proveerá á ello y me otorgará los medios para conducir á feliz término una empresa que no tiene otro objeto que el de promover su gloria y la salvacion de las almas.

PERSIA.

El Rdo. Lesné, misionero apostólico de Persia, dirige en nombre del Ilmo. Cluzel un urgente llamamiento á la caridad. Su carta, llena de dolorosos detalles, estamos seguros que atraerá la atencion de nuestros lectores.

Urmiah, 20 de Noviembre de 1880.

Hace un mes que, impulsado por la caridad, escribi una carta para implorar la piedad de la Europa católica en favor de los pobres cristianos de Persia. Pero habiendo sido despojado el correo, debo hoy repetir mi relato, añadiendo á él lo sucedido posteriormente.

Tenemos que soportar muy rudas pruebas. Apenas empezaba á ceder el hambre cuando otro azote ha venido á devastar y arruinar enteramente el país. A fines de Setiembre habíase terminado la cosecha, que, á Dios gracias, fué buena, y estaban ya en sus trojes los granos, cuando el Cheik de los montes del Kurdistan, habiendo soñado que era rey hacia siete años, ha querido reinar á toda costa, no vacilando un momento en sublevar á los kurdos, sus correligionarios, para hacer la guerra á la Persia. Excitados por su jefe, esos bárbaros se han precipitado á las llanuras próximas á sus montañas, robando y asolando el país, y haciendo horrible carnicería en cuantos les han opuesto la menor resistencia. Maraga, Miando, Sogebulak, Sulduse, Urmiah, Salmas y Koi han sido sucesivamente teatro de sus fechorías. Gran número de poblaciones cristianas y musulmanas han quedado devastadas y consumidas por el incendio; y muchos miles de personas indefensas, ancianos, mujeres y niños, han perecido víctimas de la más atroz barbarie.

Durante el sitio de Urmiah, que ha durado un mes, los enemigos no han cesado de arruinar el llano. En el momento en que escribo las presentes líneas percibimos las llamas de la azotea de nuestra casa. En muchos lugares nuestras iglesias han sido profanadas y destruidas, apoderándose el enemigo de todos los ornamentos y vasos sagrados. Crueles como las fieras de sus montañas, esos kurdos hasta tienen sus costumbres, y no me es posible dar aproximada cuenta de todos los crímenes que han cometido.

En medio de estas abominaciones la miseria aumenta cada día, y multiplicanse los huérfanos que debemos acoger bajo nuestro amparo. El hambre y las enfermedades que son su consecuencia habian diezmando y empobrecido la poblacion: cristianos y musulmanes sufrían muchísimo; pero al menos restáales aún su pequeño mobiliario, algun rebaño que les proveía de lacticiños, su casa para guarecerse contra la intemperie del invierno, que es aquí rigurosísimo y muy largo, y sus provisiones de leña para calentarse. Este año nada tienen: los kurdos se han llevado cuanto tenia algun valor, y entregado al fuego lo restante.

Después de devastarlo todo, al Cheik le ha parecido excelente idea conquistar otro país, y los soldados persas, en vez de perseguirles, recorren la comarca en todas direcciones con el fusil al hombro y *kangiar* (puñal turco) en mano: envalentonados por sus jefes, apodéranse de lo que ha escapado á los kurdos; puertas, ventanas, vigas, todo les parece buena presa, é inquiétanse muy poco de la desventura de sus compatriotas, pues aquí reina la fuerza sobre el derecho, y los cristianos, menos numerosos que los infieles, son siempre los oprimidos.

Nos vemos asediados por esos infelices casi desnudos que nos piden pan, vestidos y habitacion, pues hasta el presente todos se acuestan al raso, á pesar de que estamos á 20 de Noviembre. ¡Oh! ¡cuán duro es para el corazón del misionero ver tantas miserias sin tener cosa alguna con que remediarlas! Cuarenta años de pruebas no han sido suficientes para nuestra Mision: todo empieza en el momento en que todo parecia anunciarse favorablemente para el porvenir.

Es preciso, pues, resignarse á presenciar como se renuevan en grande escala las desgarradoras escenas del hambre, con la diferencia de que nuestros compañeros habian recibido limosnas que podian distribuir entre los pobres, mientras que en este año no se nos presenta otra perspectiva que la de perecer con nuestros cristianos. Ultimamente en nuestro patio cayó un jóven cuán largo era. Informéme de la causa de su vahido, y su madre, deshecha en lágrimas, me respondió que era de inanicion, y que, habiendo agotado todas las provisiones, no tenian más remedio que morir. Hícele entregar una pequeña medida de trigo. ¡Ay! ¿á dónde vamos á parar? Esta familia no es la única, y ya se han hallado en los caminos cadáveres de personas muertas de frio y de hambre.

No nos queda otra esperanza que volver nuestros ojos á Europa, implorando la piedad de nuestros hermanos en favor de los cristianos de Persia: la vida de esos infelices está en sus manos: vivirán si nos llegan prontas y abundantes limosnas; de lo contrario, les aguarda una muerte cierta.

Durante el hambre la caridad de los cristianos de Europa, sobre todo de Francia, ha sido sumamente generosa; pero el fin es lo que corona la obra. Otro esfuerzo más, y á parte el consuelo de haber arrebatado algunos cristianos á la muerte, nuestros hermanos de Europa se prepararán una eterna recompensa en el cielo.

VIAJES.

DE HAKODATÉ Á YOKOHAMA.

(Continuacion).

Miércoles, 15 de Mayo.—Emprendemos la marcha tan de madrugada como nos es posible, pues el camino debe ser rudo y largo. El desfiladero estréchase aún más, y al cabo de media hora empezamos á subir la célebre garganta del Raiman, de mil doscientos á mil quinientos metros de elevacion. La belleza de los bosques y del paisaje hace olvidar la fatiga. A cada revuelta ofrécese una nueva escena. A nuestros piés una barranca profunda, guarida del oso, del jabali y del gamo, por la que se precipita el agua con furia en el torrente de Sannohei.

El Raiman Toghé (1) es una vasta altura de dos á tres leguas de longitud. Los árboles alcanzan dimensiones colosales. La anémona, el muérdago y la enredadera trepan y envuelven á porfía los troncos y sus ramas. El suelo está sembrado de ninfeas, planta sagrada entre los japoneses. De la cúspide de la montaña se precipitan, aumentados con la nieve que se derrite, muchos torrentes que toman la dirección del Oeste. En el centro mismo de la garganta, en un vallecito muy abrigado, encuéntrase una hospedería llamada *Yama* (2), la única casa que existe en aquellas selvas.

Adelantamos á través de la espesura de los sotos, y de pronto muéstranse á nuestra vista los montes que separan el Nambu de Tsegaru y de Akita. Estamos en la vertiente occidental. El Iwakimaya, á veinte y cinco leguas en el Tsegaru, eleva hácia el cielo su triple cúspide. Al frente, la cadena de montañas de Akita, volviéndose en semicírculo al Sudoeste y al Sur, entra en el Nambu y va á apoyarse sobre el Iwawachi Yama. Más cerca de nosotros cuatro ó cinco series de montañas se acumulan unas sobre otras hasta perderse de vista. La pendiente fué rápidamente recorrida, y entrámos en un gran valle, el más central del Japon septentrional.

Oyu (3) es una aldea que pasaria en silencio, si dos fuentes de aguas minerales sulfurosas, á la temperatura de 85° centígrados, no le diese cierta importancia. Son las primeras que encontramos, pero el Japon está lleno de ellas, pues es quizá el país del mundo más favorecido bajo este respecto. Los indígenas, siguiendo su costumbre de bañarse frecuentemente, saben utilizar estas aguas por do quiera que manan. En la población de que me ocupo, son traídas por conductos subterráneos á los receptáculos y á las casas, donde, convenientemente mezcladas con agua fría del río, se rebajan á la temperatura deseada.

De Oyu á Kemmanai la distancia sólo es de una legua. A nuestro paso los campesinos abandonan sus azadones y arados, y apresúranse para ver á los primeros europeos que han puesto el pié en sus lugares. Nos esperaba la recepción más triunfal. En otras partes salían á nuestro encuentro uno ó dos oficiales; pero en *Kemmanai*, ciudad de 2,500 almas, entrámos precedidos de todas las autoridades. La multitud viste de fiesta; el número de curiosos va engrosando á cada paso. En vano los oficiales gritan con voz estentórea: ¡*Nemaró!* ¡*Nemaró!* (prosternaos); todos se arrodillan, es verdad, pero levántanse en seguida para mirarnos: estamos envueltos, y con dificultad podemos adelantar un paso. Los curiosos se precipitan en el patio del *hondjim*: pisan los arbustos, y las tablas del cercado son escaladas, derribadas y rotas. Poco falta para que esta muchedumbre invada nuestras habitaciones. Por lo demás, no podíamos incomodarnos, pues desde el más grande al más pequeño todos tienen un aire tan bueno y afable, y responden con tan buenos modales y amabilidad, que uno desearia vivir entre ellos. ¡Oh! ¡qué bello día aquel en que el misionero les enseñe á conocer y amar á Nuestro Señor Jesucristo!

(1) *Togbé* significa hoz, paso ó estrecho.

(2) Centro de la montaña.

(3) Aguas calientes (*yū*). Los japoneses dan la partícula honorífica ó á todos los objetos de frecuente uso.

Sólo la noche logra dispersar esa tropa de admiradores; pero al día siguiente, desde la aurora, acuden presurosos como en la víspera. Hácese ademan de amenazarles, y huyen riendo: los niños gritan y lloran, ofreciendo todo eso un tumulto indescriptible. Comprenden que uno se divierte, y al cabo de un minuto vuelven á su punto de observación.

El aparato y los productos fotográficos de que nos habíamos provisto iban á servir, por fin. Por una feliz casualidad encontramos en Kemmanai á Oyama Ya Saburo, de oficio sillerero, y artista de ocasión. Este joven, habiendo ensayado sin éxito todas las profesiones, dirigióse á las minas de Nambu con el intento de sacar fotografías. Sólo había olvidado una cosa, llevar un aparato. Así que nos vió, decidióse á acompañarnos hasta Yedo. Al día siguiente empezó sus nuevas tareas, y desde entonces á falta de habilidad ha desplegado mucho ardor en procurarnos setenta ó ochenta clichés que, sin ser perfectos, pueden darnos un buen recuerdo del país recorrido.

Oyama está muy agradecido al Rdo. Pettier, su maestro en fotografía. Sabiendo que yo conocia á este querido compañero, pidióme noticias suyas, y quedó contentísimo al saber que permanecía aún en Hakodaté, en donde él esperaba volver á verle.

—¿Conoceis también acaso, me dijo, uno de sus amigos de Yokohama, *mister Marin*?

—Ciertamente, y nadie mejor que yo, y aún no está lejos de aquí.

—¿En dónde?

—En Kemmanai mismo.

Juzgad cuál fué su sorpresa al saber que yo mismo era *mister Marin*.

Jueves, 16 de Mayo.—A dos leguas de Kemmanai, en la extremidad septentrional del valle, encuéntrase la mina de *Cosaka Ghinzan* (1). Llegado á un puente groseramente construido, echado sobre un río cuyo cauce está casi seco, el visitante divisa en una garganta las altas chimeneas de una fábrica. Edificada bajo un plan europeo, daría ésta magníficos resultados si se emplease el vapor en la extracción y fundición del mineral. La falta de agua y la escasez de combustible sólo permite que funcionen dos de los cuatro hornos con que cuentan. El fundador de la fábrica, Ochima, se encuentra actualmente en Europa para estudiar la explotación de las minas, y á su regreso traerá máquinas de vapor. No cabe, pues, duda de que Cosaka Ghinzan adquirirá notable riqueza, gracias sobre todo al reciente descubrimiento de una mina de hulla á pocas leguas de distancia.

Las montañas de donde se extrae el mineral están situadas á dos kilómetros al Norte de la fábrica. En ellas encuéntrase en abundancia plata pura, liga de plata, plomo, cobre, zinc y antimonio. Las galerías son largas y oscuras, sólidamente apuntaladas, cortando las alturas en todos sentidos, y tan bajas que no se puede andar sin encorvarse. En la misma mina hallanse filones de diferentes metales, pero sólo se trabaja el mineral que contiene la blanca y preciosa plata.

Mi ignorancia en metalúrgica no me permite describir el procedimiento por el cual los japoneses trabajan los minerales. Diré únicamente que, después de haberlos

(1) Monte de plata: *ghinzan*, plata; *cosaka*, montecillos.

triturado con majaderos movidos por agua, los funden y refunden en cuatro hornos, saliendo el metal puro de toda mezcla. Obtiénense cada mes de ciento veinte á ciento treinta libras, si debe darse crédito á los capataces de la mina.

Habiéndonos éstos manifestado exquisita benevolencia, no pudimos rehusar el obsequio que nos hicieron. El vino de arroz, conocido con el nombre de *saké*, no era ciertamente lo que nosotros apetecíamos; sin embargo, tuvimos que probarlo por urbanidad. Encantados de tan buen recibimiento, dimos las gracias por última vez á nuestros amables huéspedes, y regresámos á Kemmanai entrada ya la noche.

Viernes, 17 de Mayo.—Tomamos el camino de Kemmanai á Hana, á través de un largo valle enteramente cultivado.

Hana, cuya poblacion es de 6 á 7,000 almas, está situada á 3 leguas al Sud de Kemmanai. Es una villa larga, con algunas calles laterales, y la dominan algunos ribazos cubiertos de arbolado que le dan encantador aspecto. Al Oeste se ven los montes que proporcionan esos cobres tan hermosos conocidos con el nombre de cobres de Nambu. El humo que se destaca en sus laderas indica el lugar donde se hallan los talleres, y allá dirigimos nuestros pasos.

En la parte baja de la poblacion serpentea un hermoso rio en direccion al Oeste. Allí comienza la suave pendiente que por un ancho y agradable camino conduce á *Dozan* (monte de cobre). Despues de una hora de marcha llégase al pié de las montañas. La fábrica, enteramente japonesa, tiene un sello de todo punto original. Las casas escalonadas sobre la rápida vertiente, los hornos y fraguas bajo simples techos sostenidos por gruesas estacas, la espesa humareda que divaga por las gargantas y las alturas, todo atrae la atencion. Despues de visitar al director, subimos la montaña, á la cual está adosada la fábrica, por un sendero practicado en la roca. Lo escaso del arbolado deja ver un pico de mil metros de elevacion. En la vertiente opuesta la escena cambia de aspecto: rica frondosidad, sotos espesos, quebradas y gargantas forman un paisaje de belleza sorprendente. En estos bosques se encuentran las numerosas minas de donde se extrae el oro puro en gran cantidad, ligas de oro y de cobre, de cobre y de plomo. Este último metal es despreciado. El mineral de oro es reducido á fina arena, que despues se lava, y las pepitas que se recogen son fundidas.

Hombres, mujeres y niños en gran número trabajan en extraer los minerales, molerlos, lavarlos y transportarlos á la fundicion. La explotacion de la mina se remonta á más de tres siglos: hace 260 años no se ha abierto excavacion alguna, y las antiguas distan mucho de haberse agotado. Las galerías, más altas que las de Cosaka Ghinzan, son tambien más profundas, y algunas descienden á más de 1,000 metros.

Durante nuestra excursion habíanse amontonado las nubes sobre la cima de los montes, y pronto una lluvia suave nos obligó á tomar el camino de Hana; si bien decidimos continuar nuestra exploracion el dia siguiente.

Sábado, 18 de Mayo.—Nos hallamos en Dozan desde las ocho de la mañana. Los capataces nos dan toda clase de detalles sobre los trabajos del mineral. La arena de

cobre, lavada en seis aguas diferentes, se somete á la accion del fuego durante veinticuatro dias consecutivos en un primer horno; y una segunda ebullicion de quince dias lo dispone para la doble fundicion que debe sufrir. Los hornillos, simples hoyos practicados en el suelo, son alimentados con leña, á falta de carbon, y mantenidos á elevada temperatura por un fuelle. Despues de la segunda fundicion se deja resfriar el metal en moldes circulares, de donde es retirado algunos dias despues, y luego expedido á Miako, puerto del Nambu. Allí lo toman los vapores para transportarlo á Yedo y á Osaka.

El óxido de cobre que habíamos respirado por largo rato nos causó un ligero dolor de cabeza, y creímos prudente retirarnos á un pequeño templo cerca del cual nuestro fotógrafo habia colocado sus aparejos. Un capataz nos hizo traer avellanas de un sabor exquisito. Los bosques del contorno abundan en avellanos, de cuyos árboles están totalmente desprovistas las cercanías de Yokohama y Yedo.

Mientras Oyama disponia la máquina fotográfica á los ojos de la multitud embobada, hice á los capataces varias preguntas sobre las riquezas minerales del Japon. En todo el Imperio se explotan veinte minas, pero el número seria mucho más considerable si los japoneses fuesen más industrioses y pudiesen explotarlas por sí mismos con ayuda del vapor. Las que actualmente hay en explotacion doblarian tambien sus productos valiéndose de máquinas más perfeccionadas. Antes de la llegada de los europeos el antiguo sistema de explotacion habia suministrado una cantidad de oro, plata y cobre más que suficiente; pero habiéndose aumentado desde entonces de un modo asombroso los gastos, la moneda en circulacion va haciéndose cada vez más rara.

No léjos de Dozan las minas de oro de Chirané y de Ocuzo, que en otro tiempo proporcionaban el precioso metal en abundancia, han sido abandonadas por falta de medios para quitar el agua que las ha invadido. Todo el Norte del Japon debe contener minerales en gran cantidad, pues á juzgar por el color de las aguas y por los desastrosos efectos que á menudo causan, están cargadas de óxido metálico. Si este Imperio llegase á caer en manos de una potencia extranjera, creo que causaria gran asombro ver las riquezas incalculables que encierran las más incultas comarcas del Japon.

No quiero dejar Dozan sin decir algo de las costumbres patriarcales de estos pueblos del Norte. Nos ha sorprendido en extremo el respeto enteramente filial de los obreros hácia sus jefes y la dulce familiaridad con que éstos hablan á sus subordinados. ¡Qué diferencia con las provincias del Sur! En el Japon las relaciones entre los diversos miembros de la sociedad están subordinadas á principios bien claros y definidos; pero los habitantes de las comarcas septentrionales guardan entre sí más amistosas relaciones, son más sóbrios, y sus costumbres son más puras. Nada hay aquí que pueda ofender las miradas como en Yedo, Yokohama y sus cercanías.

Estos buenos indigenas, sencillos y afables, gustan mucho de hablar con extranjerios. Su lenguaje al principio parece incomprensible á los habitantes de los puertos, y más de una vez he visto desconcertados á los oficiales de la escolta. La dificultad proviene en gran parte de la pronunciacion, pues las palabras son las mismas.

La *e* muda sustituye á una multitud de sonidos: así *yu*, *dji*, *tchi*, *chi*, conviértense en un mismo término: *dze*, y dicen *midze* por *mitchi* (camino); *dzerodze* por *yorochii* (está bien); *adze* por *achi* (pié); *dze*, *sedze*, *nedze*, por *dju*, *cbitchi*, *nitchi* (diez y siete dias), etc., etc. La afirmación respetuosa *¡hé!* es sustituida, según el país, por *na*, *nai* ó *nè*.

Dejamos á nuestros huéspedes, separándonos con la promesa de volvernos á ver en Yokohama, y entramos de nuevo en Hana.

Allí se nos presentaban dos caminos: uno más corto y menos escarpado; el otro, largo y escabroso, torciendo al Este y cortando dos veces las montañas del centro. Nos decidimos por este último. Un puente suspendido sobre un torrente impetuoso es como la línea de demarcación entre el llano y los altos montes. Junto al torrente está situado el villorrio de *Yuzei*. De las peñas á que está adosado escápanse por multitud de grietas aguas minerales á la temperatura de 75° centígrados. Como en Oyu, los habitantes saben utilizarlas para sus baños.

Domingo, 19.—Al dejar este pequeño pueblo, continuamos por un estrecho sendero practicado en la roca y separado del torrente por un despeñadero de 30 metros. Este camino conduce á Morioka, capital del Nambu, no lejos del mar oriental. Después de seis horas de marcha, divisamos el pueblo de *Chinmatchi*.

Todos los habitantes estaban agrupados al rededor de la posada, escalando el edificio, rompiendo los tabiques y derribando la puerta. Un hombre de feo rostro y fátua mirada se asomaba por una de las aberturas; y viendo que no le hacíamos caso, nos enseñó un palmo de lengua, lo cual es considerado en el Japon como un grave insulto. Quisimos hacer justicia, y nuestro hombre fué conducido al patio, é incontinenti sometido á un largo interrogatorio en presencia de las autoridades del pueblo. Todo el mundo temblaba, creyendo que aquel infeliz iba á ser decapitado. Vimos que teníamos que habérnoslas con un idiota, y so pretexto de llamar testigos, ordenamos que se abriese la puerta de par en par. Comprendió nuestro japonés y huyó á todo correr. Detuviéronle, sin embargo, para significarle que á nuestra próxima vuelta sería ejecutado sin remisión. El acto de soltarle hizo comprender que nos habíamos propuesto reir un poco, y comenzaron todos á exclamar que éramos buena gente (*co chetse na mono da*).

Saliendo de *Chinmatchi*, continuamos nuestro camino en dirección del Sudeste. Delante de nosotros, á 7 leguas al Sud, aparecía en todo su esplendor el *Iwawachi-Yama*, entre los nevados montes que le rodean y se extienden hacia el Norte y el Oeste. Deseando abarcar de una mirada toda la provincia del Nambu, no pudimos resistir á la tentación de subir á uno de los picachos que teníamos delante. Valiéndonos de piés y manos, íbamos trepando por entre las yerbas y malezas hasta la cima más inmediata, y la ascensión duró cosa de hora y media. El pico, verdadero globo aerostático, termina con una planicie descubierta que cuenta 10 metros escasos de superficie.

No es posible describir el entusiasmo de mis compañeros: nuestro gozo había llegado á su colmo. La vista se espacia á sus anchuras. El viento, muy fuerte en la vertiente de la montaña, no llega á esta esfera. Al Oeste

extiéndense valles y colinas cuyas olas de verdor, alejándose, parecen tocar al azulado cielo, en donde se pierden. El sol en su ocaso, bañado en vapores, esparce una luz misteriosa sobre este inmenso cuadro. Hacia el Norte abarcamos con una ojeada todo el país recorrido desde el cabo *Séria* y la bahía de *Awomori*. Al Este y al Sud, un territorio quebrado, algunos montes y el *Iwawachi* dominándolos á todos (3,000 metros de elevación), forman un paisaje imposible de pintar.

El sol, envuelto siempre en rojizos vapores, formaba un disco de fuego, próximo á sepultarse detrás los montes, y era preciso descender de aquella altura, pues teníamos que andar dos leguas.

Tomámos la vertiente meridional del pico, y en quince minutos nos encontramos junto á los oficiales y bagajeros, que nos esperaban sentados tranquilamente sobre el césped. Una hora después llegamos al valle que habíamos contemplado desde arriba. La luna derramaba sus pálidos destellos sobre la campiña, y las estrellas centelleaban en un cielo sin nubes. El ambiente era delicioso, y el silencio de la noche era sólo interrumpido por el murmurio de los arroyos que corren á orillas del camino, ó por los lejanos ladridos de algun perro extraviado. Recogíase la mente, y la conversación languidecía, sintiendo cada cual la necesidad de repasar las emociones del día. Por último, brillan luces á través de la espesura. Llegamos á *Terada*, pueblo de 150 habitantes.

Lunes, 20 de Mayo.—Los informes que obtuvimos nos decidieron á consagrar al reposo una parte de este día. Hubiera sido demasiado duro hacer de un solo golpe las 13 leguas de camino que nos separaban del pueblo en que debíamos detenernos. A las diez de la mañana llegamos á la aldea de *Dendo*, á 2 ó 3 leguas al Norte de *Iwawachi*.

DE BAGAMOYO Á LOS LAGOS NYANZA Y TANGANICA.

I.

DE TABORA AL LAGO VICTORIA-NYANZA.

(Continuación).

Lunes, 17.—Llegan piraguas del Uganda con un enviado del rey *Mtesa*, encargado de ir á comprar con marfil en el *Unyanyembé* fusiles, pólvora y otros objetos. Nos ha entregado un billete del P. *Lourd*, fechado en Uaya, á cinco jornadas del Uganda. Nuestros hermanos están sin novedad, pero el mal tiempo les obliga á quedarse en tierra muchas veces.

Martes, 18.—El hombre de *Mtesa* nos hace una larga visita, elogiándonos grandemente el país de Uganda y á su Rey, y asegurándonos que seremos bien recibidos. Añade que *Mtesa* no le ha dado con que comprar víveres durante su viaje, y le ha dicho: «Encontrarás *wuasungus* que son amigos míos y te darán telas.» Ningún crédito damos á este cuento, pero á fin de no enemistarnos con un hombre que más adelante podría causarnos daño, le ofrecemos algunos metros de tela que acepta con mil demostraciones de gratitud. Llámase *Ismaili-Bruchi*. Dice ser árabe, y ciertamente tiene todas sus maneras, ya que no el color, que tira más bien á negro.

Viernes, 21.—*Chibu*, capitán de la caravana árabe, nos dice que mañana partirá para el Uganda en las dos

barcas llegadas el lunes. Al mismo tiempo me pide que reclame á cierto *manangua* un colmillo de elefante que le debe, y en caso de negativa, que le envíe al Uganda un jóven negro, doméstico nuestro, y que es el esclavo del jefe en cuestion. Contesto á Chibu que no puedo encargarme de tal asunto, que hay en nuestro pueblo un *manangua* y que á él debe dirigirse, si quiere justicia.

Sábado, 22.—Chibu viene á despedirse de nosotros, y le entrego una carta para el P. Lourdel.

Gran alboroto en la orilla. Las embarcaciones son demasiado pequeñas para contener á todos los que quieren partir. Chibu trata de obligar á quedarse aquí á diez habitantes del Uganda venidos en las dos barcas. Trábanse de palabras, y amenazan pasar á vias de hecho; pero los diez hombres del Uganda se resignan, y restablécese la calma. Chibu parte con los bultos que le pertenecen. Los demás jefes de caravana esperan la llegada de embarcaciones.

El *manangua* regala un buey á los ingleses, quienes nos envían una buena parte de él.

Domingo, 23.—Todos nos vemos atacados de una violenta fiebre, sin fuerzas para asistirnos mutuamente, viéndonos obligados á recurrir á nuestros *asharis*. Ojalá nuestros males atraigan sobre nuestra Mision las bendiciones del cielo. *Sit nomen Domini benedictum!*

Lunes, 24.—El P. Girault está mejor, y puede auxiliarnos un poco y servirnos tisana.

Martes, 25.—Va cediendo la calentura, pero no tenemos fuerzas ni apetito.

Jueves, 27.—Hace un tiempo muy pesado, y el lago está muy tranquilo. El *manangua* nos hace su acostumbrada visita, y no deja de informarse cada mañana si hemos descansado bien. Desde que le dimos el gorro de dormir no se lo ha quitado de la cabeza.

Sábado, 1 de Marzo.—Rezamos en comun un *Padre nuestro* y una oracion á san José, á quien está dedicado este mes.

Hoy hace un día espléndido.

Domingo, 2.—El *manangua* hace el pacto de sangre con un negro del Uganda, y regala un buey á su nuevo hermano.

Lunes, 10.—A medio día nos comunican que el lago está cubierto de piraguas que vienen del Uganda. Evidentemente son las que envía el P. Lourdel.

Corremos á la orilla, y ¡oh amarga decepcion! el jefe de la flotilla nos dice que las barcas son enviadas por el Sr. Mackoi para los ingleses. Le pregunto si tiene noticias de mis hermanos, y responde que los ha encontrado en el lago, cerca del Uganda, faltándoles pocas horas de navegacion para ganar la orilla. Añade que el mal tiempo ha prolongado el viaje de todos, pues él se embarcó hace ya veinte días. Volvemos á nuestro albergue muy satisfechos por saber que nuestros hermanos han llegado á buen puerto.

Miércoles, 12.—El jefe de la flotilla nos hace una larga visita. Llámase Songura, y es un wanguana natural de Zanzibar; pero hace muchos años que vive en el Uganda, y está al servicio de Mtesa. Nos habla muy favorablemente de este monarca y de su reino, y nos asegura que nos recibirá con sumo agrado.

Ofrezco á nuestro visitante una sarta de perlas, y me da las gracias con toda cortesía, diciendo que está al ser-

vicio de un gran rey que le ha dado con que procurarse víveres. Es la primera vez que un negro se niega á recibir un presente. Los demás, lejos de rechazar lo que se les ofrece, se hacen pesados con sus continuas demandas.

Songura tiene un fusil Remington que le ha regalado su señor, pero le faltan cartuchos. Le ofrezco algunos, y los acepta muy contento, diciendo que los prefiere á muchos *dotis* de tela.

Otra vez jarana. Las gentes de Muanza han vuelto á la carga. El *manangua* nos pide pólvora, y le contestamos que no la tenemos para dársela tan á menudo. Como de costumbre, los guerreros vuelven del combate sanos y salvos. ¡Es una comedia!

Domingo, 16.—Songura me dice que tendría á dicha llevar de nuestra parte una carta á Mtesa y otra á Katikico, su primer ministro. Escribo, pues, al P. Lourdel y le envío dos cartas dirigidas á los dos personajes en cuestion, rogándole que se las traduzca, si lo cree conveniente. Lo entrego todo á Songura, y nos asegura que si nuestras barcas no han partido todavía cuando llegue al Uganda, hará todo lo que esté en su mano para apresurar su marcha, y él mismo será su conductor.

Vienen los ingleses á despedirse de nosotros, y se muestran muy amables. ¿Por qué no vuelve Inglaterra bajo el cayado del sucesor de Pedro?... Daría á luz nuevos santos, y sus hijos, que á tantos peligros se exponen para propagar la herejía, serían entonces apóstoles infatigables de la verdad.

Lunes, 17.—Los ingleses toman el camino del Uganda. ¡Cuánto envidiamos su suerte!

Martes, 18.—Todos los tambores se ponen en movimiento y mueven un ruido infernal. Pregunto la causa, y me responden que el pueblo da muestras de regocijo porque acaba de saberse la muerte del hermano del *mtemi* de Muanza, que ha sucumbido á consecuencia de una herida que recibió en el combate del 11 de Febrero.

Miércoles, 19.—Continúa la batahola de tambores. Tengo un fuerte acceso de fiebre acompañado de vómitos, y mi debilidad es extrema. Hermoso día el de san José para emprender el viaje de la eternidad; pero ¡ah! ¡cuán poco he trabajado para ganar el cielo!

Viernes, 21.—Nos anuncian que nuestras barcas están sólo á dos jornadas de Kaduma. ¡Quiéralo Dios! ¡Cuán felices nos tendríamos por bogar ya en direccion al Uganda!

Sábado, 22.—Por la mañana hemos tenido un gran temporal. Los negros se quejan hoy de un frío extraordinario, y no obstante el termómetro marca 21° centígrados.

En su visita de hoy el *manangua* nos ha dirigido muchas preguntas sobre nuestra patria, dejándole maravillado todo cuanto le decíamos, sobre todo al hablarle de los ferrocarriles y buques de vapor, costándole mucho darnos crédito.

Domingo, 23.—El jefe de la tribu de Ruma, á orillas del Nyanza y al Oeste de Kaduma, nos envía hombres cargados de azadones, rogándonos se los cambiemos por pedernales, á razon de seis por cada azadon. Contestamos que no somos mercaderes, y que si quieren nos traigan víveres.

El *manangua* nos asegura que con pedernales podemos

fácilmente procurarnos cuanto necesitemos, y nos ruega que no desechemos el cambio que nos propone su amigo de Ruma. Tomamos, pues, 21 azadones, y al mismo instante cambiamos once por un buey que pensamos destinar á la gente de Mtesa que nos conduzca las piraguas.

Miércoles, 26. — A medio día vienen alegres nuestros *asharis* anunciándonos la llegada de las *mitumbis*... ¡Otra decepcion! ¡Son las piraguas de Uaya! Sus remeros se agrupan á nuestra puerta y nos contemplan con extraordinaria curiosidad. Sabiendo que traian abundancia de café, les hemos comprado una partida.

Estos negros muestran buen talante y nos divierten mucho con su singular ingenuidad. Uno de ellos ha pedido, á cambio de un poco de café, la manta del Padre Girault.

CRÓNICA.

Chan-tong (China). — El *Daily-News* de Londres ha dedicado un artículo al nuevo alfabeto inventado por el Ilmo. Cosi, vicario apostólico de Chan-tong, para sustituir á los innumerables caracteres monosilábicos de la lengua china (V. pág. 18). El periódico inglés llena de elogios á dicho Prelado, pero no disimula las dificultades casi insuperables que el carácter rutinario del pueblo chino opondrá al éxito de tan atrevida tentativa. A este objeto recuerda el triste fin del primer *rail-way* del Celeste Imperio, el ferrocarril de Woosung, destruido por una muchedumbre fanatizada, y teme igual suerte para las prensas de la Mision de Chan-tong. Hombres como Hiu-tchen, eminente letrado chino, han fracasado completamente en ensayos de este género.

Ello es que la excelente idea del Ilmo. Cosi hace progresos; su método es ya familiar á muchos neófitos; poco á poco se va popularizando, y acaso sea, en un porvenir remoto aún sin duda, el principio de una revolucion fundamental en el modo de escribir la lengua china.

Colombo (Ceylan). — Del Informe anual del Ilmo. Pagnani extractamos los siguientes detalles sobre los progresos del Catolicismo en su vicariato desde 1.º de Setiembre de 1879 á 31 de Agosto de 1880.

La poblacion católica es de 128,000 almas. Cuéntanse 31 misioneros y 172 iglesias. Durante aquel año fueron bautizados 769 paganos, 144 miembros de diversas comuniones protestantes y 4,593 niños. El Prelado confirmó 5,190 fieles. Las Comuniones pascuales fueron 64,095. Las Pias Uniones ó Cofradías del Vicariato, en número de 57, cuentan más de 17,000 socios. El seminario, dirigido por los Benedictinos, tiene 5 estudiantes. Hay 151 escuelas inglesas, indígenas y mixtas, frecuentadas por 7,332 niños y 5,129 niñas.

Kiang-nan (China). — Reproducimos en las págs. 120 y 121 diversas escenas de la *Obra de la Santa Infancia* en aquella Mision, segun dibujos del P. Vasseur, de la Compañía de Jesús.

Los huerfanatos del Kiang-nan están confiados á la Asociacion de vírgenes (*Sen-mu-ieu*), cuyo origen es como sigue:

En Marzo de 1855 el Ilmo. Maresca, á petición de los PP. Fournier y Sica, y con ayuda de Se-mu-mu, cristiano indígena, instaló en Vanton una pequeña congregacion que poco tiempo despues fué dispersada por los rebeldes. No obstante, algunas de las asociadas no abandonaron á la fundadora, y bajo su direccion pasaron cuatro años en Shang-hai. En 1864 la *Sen-mu-ieu* fué trasladada á Wan-kia-iang, en donde el P. Gonnet, entonces superior, habia hecho edificar las dependencias necesarias.

En Febrero de 1868 la direccion de la Asociacion fué encomendada á las religiosas Auxiliatrices conducidas de Europa por el Ilmo. Languiat. Un año despues el nuevo establecimiento fué instalado en el edificio construido en Zi-ka-wei. En Mayo del mismo año el huerfanato de la Santa Infancia, anteriormente colocado en Tsu-ka-leu y cuyas paredes amenazaban ruina, fué confiado á la *Sen-mu-ieu*.

Todas las mañanas, de ocho á nueve y media, las nuevas novicias van á lavar, curar á los niños y numerosas niñas enfermas que contiene, y vuelven allí otra vez al medio día para enseñar el catecismo á las niñas y á varjas catecúmenas, así como á los niños de la escuela

externa, establecida en una casa contigua. En ella se reunen además todos los domingos de ochenta á cien mujeres, casi todas cristianas, y una novicia les explica algun punto de la doctrina cristiana.

Despues de dos años de prueba las novicias son enviadas á los diversos *kom-sus* del vicariato.

Mayssur (Indostan). — El 11 de Octubre tuvo efecto en la catedral de San Patricio de Bangalore la consagracion del Ilmo. Coadu, nombrado obispo de Chrysópolis *in partibus* y vicario apostólico de Mayssur. Fué consagrante el Ilmo. Laouénan, de Pondichery, asistido de los vicarios apostólicos del Maduré y de Coimbatour, Ilmos. Canoz y Bardou. La iglesia, elegantemente adornada, estaba llena de una multitud de católicos y de protestantes, entre ellos muchos oficiales. El Ilmo. Juan Coadu, nacido en la diócesis de Quimper, partió para las Misiones en 1845.

Mesopotamia. — El seminario de Mossul, inaugurado hace pocos meses, comienza á dar felices resultados. Dicho establecimiento, fundado por inspiracion de la Santa Sede y alentado por ella, promete prestar á la Mision los más importantes servicios. Recibe alumnos pertenecientes á los dos ritos, caldeo y siríaco, y está dirigido por los Dominicos de la Provincia de Francia, enviados á Mesopotamia hace unos treinta años para recoger la herencia de sus hermanos de Italia, que durante un periodo de dos siglos habian evangelizado aquellas comarcas.

Penjab (Indostan). — Los limites de este nuevo vicariato y del de Agra se han fijado como sigue: Agra conserva Simla y todas las estaciones militares de este lado del Sutlej, exceptuados Ludhiana y Ferozepore. Estas dos estaciones y todo el resto del Penjab pasan á la jurisdiccion del Ilmo. Tosi, pastor del vicariato nuevamente erigido.

Tibet. — El Rdo. Desgodins, misionero de aquel país, está terminando dos diccionarios en los cuales trabaja hace tres años: el uno tibetano-latino-francés, y el otro latino-francés-tibetano. Este último contendrá las palabras y frases del lenguaje usual, y será un excelente manual práctico para uso de los futuros viajeros del Tibet.

Túnez. — El Ilmo. Lavigerie, arzobispo de Argel, acaba de hacer construir un colegio en Byrsa, sobre las ruinas de la antigua Cartago y cerca de la capilla que el Bey, aunque mahometano, permitió levantar en memoria de san Luis, rey de Francia, que murió de la peste en aquellos lugares en 1270. La direccion del nuevo colegio será confiada á los misioneros de Argel, toda vez que las leyes de Túnez no ponen obstáculo alguno.

Estados-Unidos. — En Agosto de 1880 la Santa Sede, tomando en consideracion la importancia siempre creciente de Chicago, elevó esta ciudad al rango de arzobispado y eligió al Ilmo. Feehan, obispo que era de Nashville, para ocupar la nueva Sede metropolitana, reemplazando al antiguo prelado, Ilmo. Duggan, que tuvo que renunciar á su elevado cargo á causa de una enfermedad que le aquejaba hacia algunos años.

El Ilmo. Feehan llegó á Chicago el 25 de Noviembre. La recepcion que le habian preparado fué muy solemne: un regimiento debia servirle de escolta, y una inmensa muchedumbre le esperaba en la estacion. Por desgracia la nieve que cubria la via férrea causó tan considerable retraso al tren que conducía á S. I., que no pudo realizarse ninguna parte del programa. El 28 del mismo mes el Ilmo. Feehan tomó posesion de su catedral y fué instalado oficialmente como arzobispo de Chicago.

Este Prelado, nacido en Tipperary (Irlanda) en 1829, trasladóse á América despues de terminar sus estudios en el colegio de Duboyne. Ordenado presbítero (1852) en San Luis (Estados-Unidos), fué nombrado profesor del pequeño seminario de Carondelet, y despues párroco de la Inmaculada Concepcion. Durante siete años llenó este último cargo con tanto celo, piedad y prudencia, que en 1865 se le juzgó digno de ocupar la sede de Nashville. Rigió esta pequeña diócesis por espacio de quince años, preparándose así para el gobierno de la floreciente Iglesia de Chicago, que cuenta más de 200 sacerdotes, 230,000 católicos y 2 Sedes sufragáneas, Alton y Peoria.

— Al regresar de Roma á su diócesis de Harrisburgo el Ilmo. Shanahan ha recibido de la poblacion católica una entusiasta ovacion. El palacio episcopal y la catedral estaban empavesadas con banderas de colores irlandés, americano y pontificio. Una numerosa procesion, compuesta de los delegados de todas las Sociedades católicas de la

ciudad, precedía el coche de S. I. en el trayecto de la estación á la iglesia de San Patricio.

Contestando á las palabras de bienvenida del Rdo. Mac-Bride, párroco de la catedral, el Ilmo. Shanahan habló con emoción del Soberano Pontífice; dió cuenta de la paternal acogida que le habia hecho el Padre Santo y de la profunda impresion que conservaba de su entrevista con el Vicario de Jesucristo. Efectivamente, el Ilmo. Shanahan exclamaba, al salir de su audiencia privada en el Vaticano, que toda la América se haria católica si pudiese ver á Leon XIII.

El Ilmo. Jeremías Shanahan, natural de Filadelfia, es el primer obispo de Harrisburgo, para cuya Sede fué nombrado el 31 de Marzo de 1868 y consagrado el 12 de Julio siguiente. Su diócesis, que comprende diez y ocho condados del Estado de Pensilvania, tiene una poblacion católica de 20,000 almas.

— El Ilmo. Watterson, nuevo obispo de Columbus, recibió el 8 de Agosto en aquella ciudad la consagracion episcopal de manos del Ilmo. Elder, coadjutor de Cincinnati, asistido de los obispos de Louisville y de Pittsburgh. El venerable arzobispo de Cincinnati, otros cuatro obispos y más de ochenta sacerdotes realzaban con su presencia el brillo de la ceremonia.

— Leemos en el *Catholic Sentinel*:

«Un célebre jesuita, el P. Weniger, daba últimamente una Mision en Troy (Indiana). Presentósele el ministro metodista de dicha ciudad y le rogó que predicase una vez á sus parroquianos protestantes. Aceptó de buen grado el misionero, y en el dia señalado un nuevo auditorio, conducido por el mismo predicante metodista, llenaba la pequeña iglesia católica y prestaba al orador sagrado la mayor atencion. El eminente orador religioso desarrolló con su habitual elocuencia el tema siguiente, muy bien escogido para aquella circunstancia: «Fuera del Catolicismo no hay salvacion.» Es de esperar que la palabra del misionero, penetrando en aquellos entendimientos y corazones bien dispuestos, habrá desvanecido muchas incertidumbres y prevenciones.»

Jamáica.—Segun escribe el vicario apostólico, Ilmo. Tomás Porter, de la Compañía de Jesús, el 11 de Agosto último desencadenóse un furioso huracan que causó grandes estragos en los establecimientos de la Mision. En Kingston quedó enteramente destruida la escuela de San José, y arruinada una parte del edificio que sirve de escuela industrial para muchachas, fundado hacia tres meses. La iglesia de hierro de Aguaita Vale, cerca de la bahía de Annotto, fué derribada, quedando sólo en pié el altar. Las iglesias de King Weston, de Above Rocks y de San Jorge quedaron sin techo. Las escuelas y capillas de Friendship y de Mayriver viniéronse á los suelos, y la mayor parte de las demás iglesias del vicariato sufrieron más ó menos.

«Los 10,000 católicos de la Jamáica, añade el Ilmo. Porter, son muy pobres con pocas excepciones, y si no vienen socorros de fuera necesitaremos largos años para que podamos levantar tantas ruinas.»

Perú.— Un misionero Franciscano escribe desde el Uyacali, afluente del gran rio Amazonas, lo siguiente:

«Despues de ocho dias de camino, desde nuestra salida de Guanuco, última ciudad civilizada, avistámos por fin desde una montaña muy elevada una inmensa llanura, llamada por los misioneros Pampa del Sacramento, por haber sido descubierta el dia de *Corpus Christi*. Su vista nos llenó de tanta admiracion, que no pudimos menos de preguntar al Padre Prefecto, conocedor del terreno: «¿Cómo es posible que este inmenso país tan hermoso pertenezca á los salvajes?» Dijonos que nuestra sorpresa seria mayor al ver las cualidades de la gente poseedora de este paraíso terrenal, particularmente de su ferocidad, pues en pocos años habian dado muerte á más de 50 Padres y Hermanos Franciscanos españoles, comiéndose algunos de ellos.

«Al llegar á un caudaloso rio que serpentea por esta llanura encontramos á unos indios (ya civilizados por nuestros compañeros), que nos esperaban para conducirnos al lugar de nuestro destino. Habian ellos cocido un mono, y nos presentaron parte de él para que lo comiésemos, lo cual hicimos con mucha repugnancia, ó más bien por necesidad.

«Despues de haber descansado un dia entrámos en una canoa, y fuimos bajando rio abajo, no sin algun miedo de que nos tragarán las aguas por su mucha impetuosidad. A unas 50 leguas de viaje oímos una horrible gritería de los salvajes, y puede presumirse cuál seria nuestro espanto al ver á más de cien hombres desnudos y armados con flechas tirarse al agua para apoderarse de nuestra canoa. El Padre Prefecto, que es muy animoso y conocedor de ellos, nos hizo saltar en tierra para darles algunas chucherías, como anzuelos, agujas, etc., cosas que tienen en mucha estima. Yo fuí el encargado de distribuir

estos regalos, no sin mucho miedo de ver aquellas caras tan feroces, porque nunca están contentos, y querian hachas y otras cosas de valor. Conocí que corriamos peligro, porque ví al Padre Prefecto, que entendia su lengua, volverse muy deprisa á la canoa. Procuré yo tambien escabullirme, y no me costó poco, pues me tenian cogido por el hábito. Despues de habernos escapado, me dijo el Padre que me habian cogido para comerme, pues son antropófagos.

«Desde este lugar, que se llama Pachitea, hasta Cachiboya, pueblo formado por el P. José Plaza, que murió obispo de Cuenca (en el Ecuador), no sucedió cosa particular, á no ser la admiracion que nos causaba ver aquella frondosa vegetacion, en medio de la cual circulaban multitud de animales feroces.

«Al llegar á aquel pueblo, fruto de los sudores y fatigas de dicho P. Plaza, salieron los indios á recibirnos en hermosa procesion digna de verse. Todo aquel dia se tocaron los tambores y otros instrumentos músicos hechos á su manera, bailando de alegría por nuestra feliz llegada.

«Este pueblo está ya un poco desmoralizado por el continuo roce que tienen los indios con los blancos, de quienes reciben muchos vicios como de embriaguez, robo y otros que no conocen en su vida salvaje.»

MARRUECOS.

APUNTES PARA SERVIR Á LA HISTORIA DEL MAGREB.

V.

Arcila.— Recuerdos.— Antigua Zilis.— Los ingleses en Arcila.— Restauracion.— Epidemia.— Alfonso V.— El principe cautivo.— Combate de tres dias.— Auxilio oportuno.— Derrota de Mohamed.— Asalto tardío.— Luchas continuadas.— *Fides punica*.— Los portugueses abandonan á Arcila.— Los beduinos.— El puerto cerrado.— Poblacion de Arcila.— Las armas de Portugal.— Camino de Larache.

Entre los numerosos ejemplos que la historia nos ofrece de pueblos y ciudades que, despues de haber figurado en primera línea y haber desempeñado un importante papel en la escena del mundo, han decaído de su antigua grandeza, podríamos citar el de la ciudad que vamos á describir. Así como el viajero se sienta conmovido sobre las ruinas de Babilonia, de Troya y de Menfis, preguntándose si realmente aquellos trozos de columnas, muros y capiteles esparcidos por el suelo han pertenecido á tan grandes capitales, así tambien nosotros nos hemos preguntado al contemplar los derruidos torreones de Arcila si en efecto han sido ellos los testigos de su grandeza y los que han presenciado tantos rasgos de heroísmo, tantas luchas y tanta sangre vertida al pié de sus murallas.

El eco del desierto que reproduce nuestras palabras es la única contestacion que obtenemos; pero no por eso es menos verdad que fué Arcila en otros tiempos una plaza fuertísima de la mayor importancia, así como es hoy un monton de escombros, en cuyo centro se ven algunas casas, pobre vivienda de su reducida poblacion.

Arcila se halla situada sobre el Oceano y dista 150 kilómetros de Fez. Ignórase quiénes fueron sus fundadores, pues mientras algunos autores creen que los romanos, otros opinan que fueron los Beréberes ó antiguos africanos, los cuales la dieron el nombre de Zilis. Esta última opinion nos parece la más probable, aunque no pueda sostenerse como de una certeza evidente. Lo que no admite duda es que Arcila estuvo sometida al rey de Ceuta, tributario de los romanos y despues de los godos. Estos repetidos cambios de señores fueron en extremo perjudiciales á la poblacion, por tener que sufrir de unos

y otros los horrores consiguientes á la guerra, y á una guerra hecha con la barbarie y crudeza de aquellos tiempos. Como las demás ciudades africanas, Arcila cayó definitivamente en poder de los árabes en el año 713 de Jesucristo (94 de la egira), poseyéndola por espacio de 223 años, en los que gozó de una tranquilidad relativa. Pero á la conclusion de este período, sin que pueda precisarse qué causas pudo haber para ello, los ingleses se apoderaron de Arcila en 936. Los hechos, reproducidos con frecuencia y perseverancia deplorables, han venido constantemente á desacreditar el tan decantado humanitarismo de Inglaterra: siempre un reguero de sangre y una línea de fuego y devastacion han marcado los pueblos que los soldados de Albion han hollado con su planta, y Arcila será para siempre un testigo harto elocuente de que la humanidad no ha solido acompañar á los conquistadores ingleses. No pudiendo éstos sostenerse por mucho tiempo en Arcila, acordaron abandonarla; pero no lo hicieron sin arrasar antes las fortificaciones y re-

ducir á escombros la poblacion entera. Este proceder tan poco humanitario y la vista de tan espantoso y desgarrador espectáculo infundieron tal pavor en los habitantes, que huyeron al interior, y fueron necesarios 30 años para decidirlos á volver á pisar el suelo donde habían vivido y en el que reposaban las cenizas de sus antepasados.

En el año 966, Abd-er-Rahman Ben-Alí, califa de Córdoba, mandó reedificar la ciudad, cuyas obras se llevaron á cabo á costa de sacrificios inmensos de toda clase; pero no bien los moradores empezaban á gozar el fruto de sus trabajos, cuando tuvieron que habérselas con un nuevo y más encarnizado enemigo. Una mortífera epidemia se desarrolló entre ellos haciendo tales estragos, que la ciudad quedó otra vez casi despoblada, y los que escaparon á este azote sumidos en la mayor consternacion.

El 24 de Agosto de 1471 los portugueses dirigidos por D. Alfonso V atacaron á Arcila, tomáronla por asalto



JERUSALEN. — Santuario del *Pater*: fachada occidental. (Pág. 118).

y la entregaron al saqueo, llevándose muchos prisioneros á Portugal, algunos de calidad é importancia, entre ellos el príncipe Mohamed, niño á la sazón, que más tarde fué rey de Fez, y una hermana suya. Siete años duró el cautiverio de este jóven y animoso príncipe; pero pasado este tiempo tuvo su padre la fortuna de rescatarle (1). Vuelto á Marruecos Mohamed, pensó seriamente en tomar una ruidosa revancha, para lo cual nada juzgó tan á propósito como la reconquista de Arcila, que quedó acordada luego que el príncipe fué reconocido como rey de Fez. Para llevar á efecto esta empresa reunió toda su gente de guerra, y dirigiéndose á Arcila estableció el sitio en toda regla. Desde este año (1508)

(1) Dos mujeres del Sultan, una hija y el príncipe Mohamed fueron las personas Reales que D. Alfonso hizo cautivas, y en cambio de ellas al hacer el cange recibió el cuerpo del infante D. Fernando, muerto en Fez en 1443, que hasta entonces no había podido recuperar por más que lo había intentado varias veces.

se inauguró en las llanuras de Arcila una série no interrumpida de combates y hechos de armas dignos de pasar á la historia, y que sin embargo apenas son conocidos de los eruditos. ¡Cuánto heroísmo ignorado! ¡Cuántas proezas olvidadas presenciaron aquellos campos! ¡Cuántos ecos de gloria resonaron en aquellas soledades! Uno de los hechos más gloriosos que tuvieron lugar frente á los muros de Arcila fué sin duda el asalto de la plaza ordenado y dirigido por el valiente Sidi Mohamed.

Los moros, con su rey á la cabeza y animados con su ejemplo, atacaron los baluartes con tanto denuedo y bizarría que los portugueses fueron inmediatamente rechazados hasta las murallas. Dos días duró el combate en las calles; sitiados y sitiadores lucharon con el furor de la desesperacion; los portugueses pelearon como buenos, pero tuvieron por fin que ceder al número, pereciendo la tercera parte de su ejército; y herido el jefe

D. Vasco Coutiño, conde de Borva (1), abandonaron la población y se reconcentraron en la ciudadela, donde fueron también perseguidos encarnizadamente, resistiéndose hasta el último instante con igual valor que desgracia: tuvieron, pues, que pensar en una capitulación; y se hallaban ya á punto de rendirse, cuando en el despejado horizonte del Oceano divisaron las blancas y henchidas velas de la armada portuguesa que venia en su socorro.

Efectivamente, D. Juan de Meneses, gobernador de Tánger, se presentó muy luego en las aguas de Arcila. Animados entonces los lusitanos y auxiliados con este refuerzo, 300 peones y algunos caballeros de Jerez, que conducía Ramiro de Guzman, corregidor de dicha ciudad, empeñaron en las calles un nuevo y más sangriento combate. Al cabo de tres dias una completa victoria vino á coronar los esfuerzos de los portugueses, que lograron desalojar al enemigo de sus posiciones. A tan dichoso resultado contribuyeron en gran manera las respetables fuerzas que salieron de Gibraltar enviadas por D. Fernando el Católico y acaudilladas por el célebre Pedro Navarro. Apenas este esforzado capitán llegó delante de Arcila, dirigió los fuegos de sus galeras sobre el campo enemigo con tan acertada puntería, que éste se vió en la precision de abandonarla, y el rey de Fez se retiró con sus mermadas huestes hácia Alcázar Kibir, no sin haber puesto antes fuego á la parte de Alcira que sus tropas habian ocupado; de suerte que por fruto material de tan costosa victoria los portugueses no recogieron más que un monton de ruinas y humeantes escombros. Fué sin embargo, como dice muy bien Mariana, de grande importancia la defensa de Arcila para la conservación de las demás plazas que Portugal poseía en Africa, y realzó sobremanera el prestigio de las armas cristianas.

Después de estos sucesos los portugueses se dedicaron á reconstruir y fortificar de nuevo la ciudad, que diez años más tarde volvió á ser sitiada por los moros, y cuando ya se preparaban al asalto después de abrir una espaciosa brecha, fué socorrida por la armada que Segueira llevaba á la India: hubo sin embargo que lamentar las desastrosas consecuencias de un horroroso incendio producido por los combustibles que habian allegado los moros, y el cual redujo á pavesas una gran parte de la población. Este segundo sitio tuvo lugar, según Juan Leon, entre los años 914 y 921 de la egiira (de 1505 al 1512 de Jesucristo).

A pesar de esta victoria siguióse peleando por ambas partes con éxito vario; pues los portugueses hicieron muchas salidas al campo de los moros. En estas refriegas, dice Mariana, perecieron algunos portugueses, quedando tendidos en el campo de batalla, y otros fueron hechos prisioneros. Entre los últimos se contaba D. Antonio Mascareñas, persona principal que murió después en Fez víctima de la peste. Los valerosos Noroña, Coutiño y otro Mascareñas, recobrando el ánimo abatido por estas desgracias, quisieron vengarlas plenamente y lavar su derrota é ignominia con la sangre musulmana. Se echaron sobre el enemigo, y, cual torrente desbordado, destrozaron los *duares* circunvecinos, talaron los campos y cautivaron á muchos moros, con pérdidas in-

significantes por su parte. Esta conducta que hoy se calificaria de bárbara (aunque seria de desear no se reprodujese tanto en los *civilizados* tiempos que por *dicha* nuestra alcanzamos) (1), era la práctica generalmente admitida entonces, y produjo el resultado de que los moros, cansados de tantas derrotas y viendo los perjuicios que los portugueses causaban en sus campos, pidieran la paz, obligándose á pagar un tributo anual y entregando rehenes para mayor seguridad.

No obstante esta pacífica apariencia, los moros, herederos de la antigua *fides punica*, atacaron de improviso á Arcila, que sucumbió después de una corta resistencia de su confiada guarnición, y la conservaron hasta que Abu-Azarín, su Káid ó gobernador, por ruegos de Mohamed, la entregó al gobernador de Tánger D. Duarte de Meneses, poco antes de llegar la famosa expedición portuguesa de que hablaremos en la segunda parte.

Cuando D. Sebastian salió de Arcila camino de Alcázar Kibir en busca del enemigo, dejó en aquella ciudad una pequeña guarnición, la cual después de la desastrosa batalla dada en las llanuras de Alcázar, huyó en compañía de los pocos soldados portugueses que pudieron escapar, embarcándose en la escuadra que estaba á la vista y dejando abandonada la plaza, que fué ocupada por los moros vencedores. Desde aquella infausta época Arcila tuvo que defenderse constantemente de los árabes beduinos del campo, cuyas invasiones asolaron su campiña muchas veces. Los montañeses, con sin igual audacia, llegaban hasta las mismas murallas, inutilizando cuanto los de la ciudad habian sembrado, y robando al mismo tiempo los ganados que hallaban al paso. Para colmo de tantas desgracias, los sultanes de Marruecos cerraron el puerto, lo cual dió el último golpe á la industria de la antes floreciente colonia romana. A tal extremo llegó la intolerancia en cumplir la orden expedida para cerrar el puerto, que habiendo arribado allí un buque español en 1858 hallándose falto de agua, no le fué posible obtenerla de los moros á ningun precio. Durante la guerra hispano-marroquí, el general Bustillos, que mandaba nuestra escuadra, se presentó ante Arcila para bombardearla, lo que tuvo efecto el 26 de Febrero de 1860.

Ya hemos dicho al principio que Arcila no es otra cosa que una ciudad en ruinas: su población es de unos 1,000 habitantes moros y 300 judíos. Tiene para su defensa cuatro pequeñas baterías con 20 cañones sobre una muralla por la parte del mar. Del dominio portugués no quedan más recuerdos que algunos escudos de armas de particulares que se ostentan sobre las puertas de muchas casas, y especialmente sobre la principal de la ciudad, ó sea la que hay saliendo para Larache, la

(1) Véanse los periódicos correspondientes á las épocas de la revolución de Italia en 1860, y los de la última guerra franco-prusiana. En ellos hemos leído horrores que avergonzarian á la sistemáticamente calumniada Edad media. Y ¿á quién no se le hiela la sangre al leer cuál era la conducta de los soldados de Napoleon durante nuestra épica guerra de la Independencia? Después de la desgraciada batalla de Uclés mataron en la *carnicería pública* 60 personas, entre ellas algunas monjas: reunieron más de 300 mujeres, y encerradas en una iglesia ¡las quemaron á todas después de abusar de ellas! Entregaron á las llamas un sinnúmero de pueblos, robando y asesinando villanamente á inermes ancianos é infelices mujeres. Por eso creemos nosotros que no hay mucho que echar en cara á los tiempos pasados en materia de humanidad para con los enemigos.

(1) Algunos le llaman *Conde da Barca*.

cual ostenta las armas portuguesas. La muerte, que tantas preciosas vidas arrebató en aquella comarca, reina allí sola con su pavoroso silencio.

De Arcila á Larache hay 25 kilómetros: el camino principia por una monótona llanura terminada á la derecha por el mar. Se sigue por lo general la playa: al bajar una pequeña colina, que casi marca la mitad del camino, se descubre un *santuario* de mucha veneracion en el país, y algo más allá está la piedra que los naturales llaman de las *palomas*, quizá por las muchas que por allí se ven. Cuando la marea está alta, es preciso rodear el camino por detrás de esta peña, aunque los moros pasan por una especie de cornisa de medio metro de ancha, que la corta por la mitad próximamente de su altura.

Continuando el camino, se llega al rio Luccos en frente de Larache. Para pasar á la poblacion los viajeros y sus cabalgaduras se embarcan en lanchones preparados al efecto, pagando á los moros encargados de ellos una corta cantidad.

TIERRA SANTA.

XIII.

EL SANTUARIO DEL «PATER.»

El monte de los Olivos, separado de Jerusalem por el valle de Josafat, ocupa, al Este de la ciudad, una longitud próximamente igual á la distancia comprendida entre la puerta llamada de San Estéban, ó mejor *Sitti Mariam* (1), y el ángulo Sudeste del antiguo recinto del templo de Salomon, esto es, unos 500 metros.

Está dividido en dos partes dispuestas en escuadra. La primera adelántase del Este al Oeste, sobre el valle que estrecha, cerca del huerto de Getsemaní y de la gruta de la Agonía. Compónese de una primera altura de asperísima pendiente, unida por otra más suave á un montecillo, sobre el cual elévanse la iglesia de la Ascension y la aldea árabe que la rodea. Partiendo de aquí la segunda parte dirígese del Norte al Sur, en línea paralela á la pared oriental del circuito del templo, que por este lado es al mismo tiempo muro de la ciudad.

A partir de esta línea, á 150 metros á corta diferencia al Sudoeste del grupo de casas que forma el primer término de la aldea y entre las cuales se encuentra el solar y las ruinas de la iglesia de la Ascension, existe un santuario venerado por los fieles hace muchos siglos. Según tradicion apoyada en los relatos de antiquísimos peregrinos y en los vestigios de varios monumentos sucesivos, y no contradicha en lo más mínimo, antes bien confirmada por textos del Evangelio, en el sitio que ocupa dicho santuario Nuestro Señor Jesucristo enseñó á sus discípulos la Oracion dominical.

Este pequeño espacio es el que la señora princesa de la Tour d'Auvergne consiguió adquirir, trozo á trozo, á pesar de inmensas dificultades y toda suerte de contradicciones; y en él edificó con grandes gastos, en honor del *Pater*, el magnífico santuario que cedió generosa-

(1) Sabido es que el verdadero lugar del martirio de san Estéban está al Norte de la ciudad. Esta puerta es llamada más comunmente *Sitti Mariam* (señora María), porque por ella descíendese á la iglesia del sepulcro de la santísima Virgen, cerca de la gruta de la Agonía. (V. pág. 406 del tomo anterior).

mente á Francia en 1868. ¡Ojalá que su celo por la restauracion de una de las más interesantes iglesias de Tierra Santa inspire á otras nobles y piadosas señoras cristianas el propósito de reedificar otros santuarios cuyas ruinas afligen á los peregrinos, hoy más numerosos que nunca!

I.

Antes de describir el nuevo edificio será útil demostrar la autenticidad de la tradicion que coloca en esta parte del Olivete la enseñanza del *Padre nuestro* por el Salvador.

Esta oracion, la más bella de todas, y que puede reemplazar á cuantas quiera inventar el cristiano, porque contiene todo lo que debe esperar y pedir, la enseñó el divino Maestro dos veces y en distintos lugares.

San Mateo (v y vi) nos dice que, encontrándose un día Jesús rodeado de gran multitud, subió con sus discípulos á un monte y pronunció el célebre sermón llamado de la montaña. Despues de exponer las ocho bienaventuranzas y los principios de su doctrina, tan opuesta á la del mundo y á las interpretaciones de la ley de Moisés por los escribas y fariseos, llega á las cualidades de la oracion, y añade: «Oraréis así: Padre nuestro, que estais en los cielos...»

De otra parte san Lucas (xi) refiere que Jesucristo estaba en oracion en cierto lugar, y que al terminarla uno de sus discípulos le dijo: «Señor, enseñadnos á orar, como Juan lo ha hecho con sus discípulos.» Jesús respondió: «Cuando oreis, decid: Padre nuestro...» Toda vez que Nuestro Señor había enseñado ya en Galilea esta fórmula á sus discípulos, es evidente que el discípulo de que habla san Lucas no estuvo presente al sermón de la montaña, y que fué agregado á sus discípulos despues de aquella época. De otra suerte, ¿cómo hubiera podido decirle: «Enseñadnos á orar como Juan á sus discípulos?» Estas últimas palabras patentizan que había sido primero discípulo de Juan, y que había seguido al Salvador despues de oír lo que el santo Precursor decía de El. Como san Lucas no indica el lugar en que Nuestro Señor enseñó por segunda vez tan admirable oracion, el contexto nos dará derecho á conjeturar que fué en el monte Olivete.

El Evangelista, en los últimos versículos del capítulo precedente, muestra á Jesús en Betania en casa de Marta y María. En esta ocasion fué cuando Marta oyó del Salvador reprimir su excesiva solicitud con estas palabras: «Marta, Marta, muy diligente andas y te turbas con el cuidado de muchas cosas: una sola es necesaria.»

Por lo tanto, como Betania está al Este y al pié del monte Olivete, al cual acostumbraba Jesús retirarse con sus discípulos, es natural que saliendo de Betania se dirigiérase á él, y allí enseñase por segunda vez la Oracion dominical.

En defecto de evidentes pruebas sacadas de los Evangelistas, una tradicion apoyada en un monumento, en una capilla erigida en honor del *Pater* más de diez siglos há, varias veces arruinada y otras tantas restaurada por la piedad de los fieles, y cuando hasta las ruinas han perecido, indicado aún á los peregrinos de todas épocas por los cristianos de Tierra Santa; una tradicion tan bien establecida merece nuestro respeto y es suficiente para autorizarnos á venerar ese lugar como siendo

efectivamente aquel en que Jesucristo enseñó, una vez á lo menos, á sus discípulos la Oracion dominical.

No invocaremos el testimonio de los peregrinos del siglo XVIII, que mencionan unánimemente el lugar del *Pater*, aunque hasta las ruinas de la antigua iglesia hubiesen entonces desaparecido.

En 1676 el P. Nau, jesuita, misionero del monte Líbano, y en 1652 Doubdan, canónigo de la iglesia de San Pablo en San Dionisio, cerca de París, vieron algunas ruinas de dicha iglesia.

En 1588 Villamont habla de vestigios de una pequeña iglesia que los cristianos habían edificado en otro tiempo, apellidándola Casa del Pan (*Domus Panis*), porque en aquel lugar Nuestro Señor enseñó el *Pater*, con el cual pedimos á Dios el pan de cada día.

En 1582 el príncipe Radziwil vió una sola columna entera que quedaba de aquella iglesia.

En 1483 el P. Fabri, dominico de la ciudad de Ulm, declara haber reconocido, visitando dicho lugar, los vestigios del oratorio ó iglesia que se llamaba la Casa del Pan, y advierte que ese es el lugar en que Nuestro Señor enseñó por segunda vez á sus discípulos la Oracion dominical, según el relato de san Lucas.

En 1418 Caumont dice: «*Item*, en el monte Olivete existe el lugar en que Jesucristo enseñó el *Pater noster*; VI años, VII cuarentenas de indulgencia.»

En 1345 el P. Nicolás de Poggibonzi, franciscano, menciona el muro de la iglesia entonces arruinada, y en una piedra del mismo leíase el *Pater* inscrito por entero.

En 1187, inmediatamente después de la toma de Jerusalén por Saladino, el autor de la *Citez de Jérusalem*, descripción anónima de la época, editada hace algunos años por el conde Beugnot, se expresa en estos términos: «En suma, el monte Olivete tenía una abadía de monjes blancos, y cerca de esta, á mano derecha, había un camino que conducía á Betania, y á la vuelta de este camino, hacia la derecha, había una iglesia nombrada *Santo Padre nuestro*: allí dícese que Jesucristo enseñó el *Padre nuestro* á sus Apóstoles.»

En 1185 el monje Focas marca la distancia de ese templo no lejos de la gruta de Santa Pelagia, lo que es perfectamente exacto.

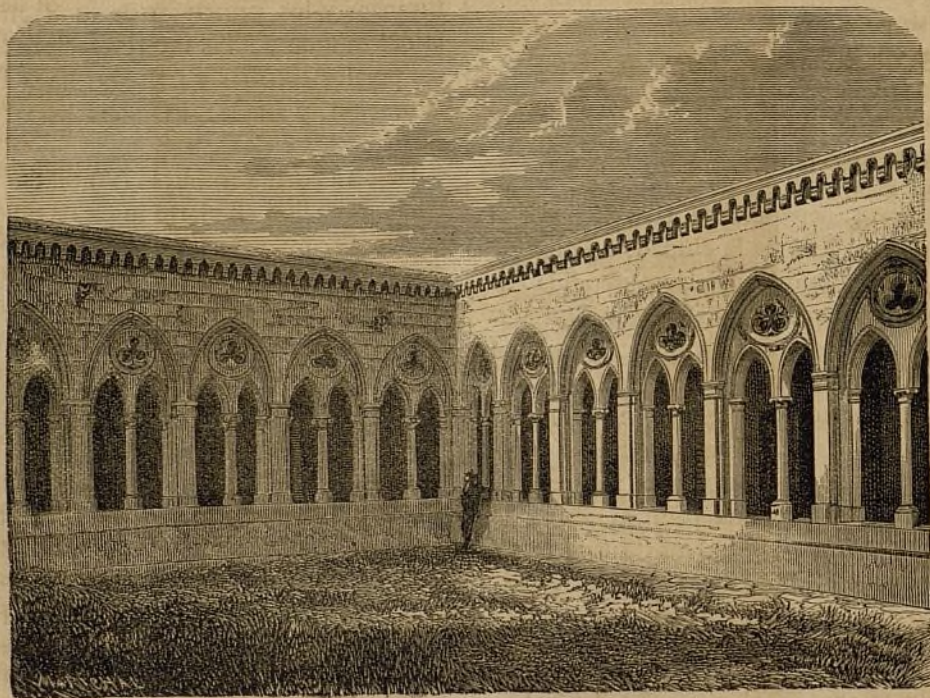
Pero el testimonio más detallado é interesante nos lo

dan dos hermanos de la península del Jutland (Dinamarca), el almirante Eskill Sveinson y su hermano Svein, tercer obispo católico de Viborg (1150-1152). Vamos á citarlo por entero (1):

«Svein, obispo de Viborg, fué consagrado en 1133. Era un santo varón, dice Conrado de Everbach, autor del *Exordium magnum Ordinis Cisterciensis*, cuya bondad de costumbres y excelentes virtudes aun sobrepujaban la nobleza de su nacimiento. Respecto á Eskill, dice, era un hombre belicoso, engreído del poder de la carne, de carácter feroz y rostro terrible, tristemente célebre por la sangre que derramaba y por los innumerables crímenes que cometía todos los días. Su hermano exhortábale á unirse en Tierra Santa con los cruzados de 1147 (conducidos por Luis VII, rey de Francia). Eskill consintió en partir, con la condición de que, predicando con el ejemplo, le acompañase su hermano.

«El Obispo como buen hermano prometió hacer el

viaje con él, prefiriendo exponerse á los peligros y fatigas del camino, dice Conrado, antes que desaprovechar la ocasión de arrebatarse alma que le era tan querida á las garras del enemigo infernal. Pusiéronse en marcha á fines de 1150 y llegaron á Palestina en 1152, en donde tuvieron un fin digno de las virtudes del uno y de la bravura del otro. Conrado continúa, asegurando que



JERUSALEN.—Santuario del *Pater*: interior del claustro sobre el patio. (Pág. 118).

tenía todos estos detalles del sobrino de esos dos príncipes, el arzobispo Eskill Christiern, también peregrino de Jerusalén de 1164 á 1168. Una vez en Tierra Santa adoraron con extraordinaria piedad el glorioso sepulcro de Nuestro Señor y el vivificante madero de la santa Cruz, en el que fué suspendido por la salvación del mundo. Habiendo recorrido como devotos peregrinos los demás Santos Lugares, llegaron á un sitio cerca de Jerusalén llamado por los habitantes *Pater noster*, porque es aquel en donde, según la tradición, Nuestro Señor Jesucristo enseñó á sus discípulos á orar y compuso la Oracion dominical.

«Había allí una pobre iglesia mal construida. Ambos

(1) Este precioso documento está extractado de la obra de Pablo Riant acerca los escandinavos en Tierra Santa.

Viborg, ciudad de 4,860 habitantes, junto á un lago, en el Jutland, á 400 kilómetros Noroeste de Copenhague, obispado luterano hoy día, catedral del siglo XI. Créese que esta ciudad es Cembrisberge, capitana de los cimbrós, que tantas veces fueron el terror de Roma.

peregrinos entraron en el oratorio, y pidiendo á la divina Fuente el espíritu de piedad y confianza, de lo íntimo del corazón dirigieron sus preces al Señor, suplicándole les perdonase sus pecados. No les faltó la divina clemencia, pues llegados al Jordán, habiéndose lavado y apagado su sed en aquellas aguas sagradas, uno de ellos, Eskill, el gran pecador, confiando en la divina misericordia, exclamó: «Dios todopoderoso y clemente, sed-me propicio; no desprecieis el alma de vuestro siervo, «por Vos salvado del abismo del mal y conducido, des-pues de los naufragios de tantos crímenes, al puerto «de la penitencia. Al presente, oh Señor Dios mío, mi «fragilidad y lo inveterado de mis pecados me hacen «temblar. Temo que, restituido á mi patria, seducido «por la fortuna y arrastrado por las ocasiones, vuelva á «mis antiguos extravíos.

«¡Oh piadosísimo Padre, «cuya misericordia enriquece á los que os invocan! si conocéis que ha «de ser provechoso para «mi alma, imploro vuestra bondad á fin de que, «una vez cumplido mi «voto, me liberteis de los «lazos del cuerpo y al «mismo tiempo de los «del pecado, para conducirme al lugar del eterno descanso.»

«Al concluir, comprendió que Jesucristo se disponía á atenderle y que estaba próximo su fin. Habiendo recibido los santos Sacramentos, despidióse de su hermano y de los asistentes, y dió el último suspiro confesando sus pecados.

«El venerable Obispo, viendo el alma de su hermano, por cuya salvación había trabajado constantemente, tan rápida y felizmente llamada á Dios, sintióse á su vez movido de un vivo deseo de morir, y exclamó: «Gracias «os sean dadas, oh Señor Jesús, por haber escuchado «mi oración y atendido piadosamente mis gemidos y «lágrimas por la conversión de mi hermano. Suplicoos «ahora, piadosísimo Hijo de Dios, que no me dejéis «parado de él, antes bien con él recibidme en vuestra «paz, para que partamos juntos y por vuestra bondad «lleguemos á la vida eterna.»

«¡Oh adorable misericordia de Dios! Apenas había concluido su oración, siente que al llamamiento de Nuestro Señor las fuerzas abandonan su cuerpo y que se acerca el fin de su vida mortal. Luego, disponiendo sus asuntos con la brevedad que el caso requería, manda á los asistentes que den sepultura á su cuerpo y al de su

hermano en la iglesia del *Pater*, que, por inspiración de Dios, tan devotamente habían visitado. Y confiando sus ovejas á la Providencia, y deseando á todos los bienes eternos, bendiciendo y despidiéndose de los presentes, durmióse felizmente en el Señor.

«Fué un gran milagro de Dios que, cumplidos sus votos y terminada su romería, aquellos dos hermanos acabasen así su vida de destierro el mismo día y en el mismo lugar, y que fuesen sepultados juntos en el lugar que deseaban.

«Respecto á la iglesia pobre y arruinada, fué derribada y reconstruida con las limosnas que habían legado, siendo el nuevo edificio más bello y grande que el antiguo, y en él descansan sus cuerpos. Murieron el 30 de Marzo de 1152 (1).»



JERUSALEN.—Santuario del *Pater*: galería de la izquierda del claustro de Oeste á Este. (Pág. 118).

Es de desear que se encuentren sus restos, á fin de darles un lugar en el nuevo santuario. La iglesia reedificada con las limosnas de los dos hermanos Eskill debió ser destruida por los sarracenos, que se hicieron dueños de Jerusalem en 1187.

En 1102, esto es, tres años después de la conquista de Jerusalem por los cruzados, Sœvulf, peregrino de Tierra Santa, se expresa así: «Cerca del lugar de la Ascensión, á un tiro de piedra, Nuestro Señor escribió la Oración dominical de propio puño, dicen los sirios. Allí edificóse también una bellísima iglesia que con el tiempo fué enteramente destruida por los infieles.» Estas palabras indican que los cruzados, una vez dueños de Jerusalem, se apresuraron á construir en ese lugar un modesto oratorio para honrar la enseñanza de la Oración dominical, y que es el que

fué derribado después de la muerte de los dos ilustres peregrinos daneses.

En fin, el más antiguo testimonio escrito por la tradición en favor de nuestra tesis es del monje Bernardo el Sabio, que visitó la Tierra Santa en 870. El y otros peregrinos, dice, fueron al monte Olivete, en cuyo decli-

(1) Santa Botild, esposa de Erico el Bueno, rey de Dinamarca, fallecido en Baffo (Chipre) el 10 de Julio de 1103, llegó hasta Jerusalem, en donde murió casi á su llegada al monte Olivete. Fué sepultada en la iglesia de Nuestra Señora de Josafat, del sepulcro de la santísima Virgen, en la capilla de San José. Su tumba se encontraba frente del sepulcro de la reina Melisenda, que también fué enterrada allí sesenta años más tarde. (*Los Escandinavos en Tierra Santa*).

ve muéstrase el lugar de la Oracion del Señor á su Padre (1).

A primera vista estas palabras parecen indicar más bien la gruta de la Agonía en la cual Jesucristo, la víspera de su Pasión, hizo esta oración á su Padre: «Padre mío, apartad de Mí este cáliz...» Pero la gruta de la Agonía no está en el declive del Olivete (*in declivio montis*), sino en el valle de Josafat, al nivel del sepulcro de la santísima Virgen. Sœvulf habla anteriormente del jardín de Getsemani, de la iglesia de Santa María, del valle de Josafat, de la iglesia levantada en el lugar donde Nuestro Señor fué vendido; mas, al referirse al lugar de la Oración, dice que está situado en el declive de la montaña.

Se ha lanzado sobre los cruzados la acusación de que á su llegada á Palestina inventaron nuevas tradiciones; que crearon, por así decirlo, nuevos lugares santos para hacerlos venerar á los peregrinos de Occidente. Pero es evidente que no pudieron, en el espacio de tres años, crear la tradición que coloca en el Olivete la enseñanza del *Pater*. Fué, pues, de los cristianos, antiguos habitantes del país, que Sœvulf supo que ese lugar estaba verdaderamente consagrado con una iglesia para honrar la memoria de aquella enseñanza; y aún en el caso de que la relación del monje Bernardo, en 870, no se aplicase al *Pater*, el testimonio de Sœvulf bastaría para demostrar la autenticidad de la tradición acerca del lugar de la enseñanza del *Pater* en el mismo sitio en que se muestra hoy día; tradición que debe remontar á los primeros siglos de la Iglesia, toda vez que no puede señalársele un origen posterior.

II.

Nuestro grabado de la pág. 113 representa la fachada occidental del *Pater*. En último término á la izquierda percíbese el minarete del pueblo de Zeitun en el monte Olivete, la casa del Khatib musulmán, los restos del antiguo convento de canónigos de San Agustín que sirvieron la iglesia de la Ascensión mientras duró el reino latino, de 1099 á 1187, y la gruta de santa Pelagia, de la que hablamos en la pág. 359 del tomo anterior. La puerta por la que entra un árabe no es la principal. Esta no se ve, y está situada en frente de las gradas que conducen á la puerta de la pequeña cúpula. Al entrar hay una cerca de hierro que rodea el terraplen, al nivel del patio de la iglesia del *Credo*, otro santuario adquirido por la princesa de la Tour d'Auvergne y comprendido en el recinto de los terrenos del *Pater*.

Las excavaciones y nivelamientos dieron ocasión á numerosos descubrimientos: una cripta del siglo XII, adornada de pinturas al fresco; fragmentos de alas y de cabezas de ángeles, y diversos adornos que atestiguan un origen cristiano; restos de mosaicos y de mármoles labrados; columnas y capiteles; trozos de frisos, molduras y arquitrabes de los siglos V al XII. El todo está tan revuelto y mutilado, que revela muchas destrucciones violentas y reconstrucciones sucesivas. Al rededor del edificio se encontraron multitud de sepulcros cristianos; algunos guarnecidos de mármol en la parte superior, y otros revestidos de argamasa muy sólida parecida á la de

las antiguas cisternas, y ornados con cruces rojas. En el atrio, á la izquierda y cerca de las bases de dos columnas, al remover una roca descubriéronse sepulcros divididos en muchas celdillas. Uno de ellos parece se remonta á la época de los judíos: la puerta, formada de una sola piedra, córrase verticalmente por una muesca ó encaje practicado en la roca.

El edificio construido á expensas de la princesa de la Tour d'Auvergne en sustitución de los antiguos oratorios del *Pater* consta de dos partes distintas, pero unidas entre sí: un claustro, ya terminado, que sirve de vestíbulo ó pórtico, y una iglesia actualmente en construcción (1).

Subamos las gradas. Hé aquí la puerta de un edículo coronado con una cúpula y flanqueado por dos apéndices. Hasta nuestros tiempos este edículo había servido de oratorio, y á su derecha había la sacristía. En lugar del altar hay ahora una puerta que da acceso al claustro, que ocupa un espacio de 600 metros cuadrados. Cualquiera atribuiría su construcción al siglo XIII, época en que había llegado á su apogeo el arte ojival, si el lustre y color de la piedra no borrara la ilusión. El plano forma un rectángulo de 30 metros de base por 20 de altura, con una puerta en cada uno de los cuatro puntos cardinales. La del Sur, invisible al exterior, comunica desde el interior del claustro á una estancia que sale del cuerpo del edificio y que se divisa perfectamente á la derecha, en el grabado. Allí se encuentra el sepulcro que la princesa de la Tour d'Auvergne ha querido prepararse ya en vida para recibir un día sus despojos mortales y descansar, esperando la resurrección, en ese lugar bendito donde su piadosa munificencia ha construido un monumento más bello que el de los dos nobles hermanos naturales de la Escandinavia. La puerta del Este comunicará el claustro con la nueva iglesia.

Entremos por la puerta del Oeste, que mira á Jerusalén, y atravesemos el pequeño vestíbulo coronado de una cúpula. Nos hallamos en el claustro, en frente del patio (pág. 116). La parte prolongada, á derecha é izquierda, está dividida en nueve arcos principales; la otra en cinco. Adornan las paredes del fondo 32 cuadros en esmalte, con labores del mismo estilo del edificio, conteniendo cada uno en lengua diferente el *Pater* pintado sobre el esmalte. Estas inscripciones guardan el orden siguiente, partiendo de la derecha de la puerta por la cual hemos entrado. Nuestro grabado de la pág. 117 representa el ala izquierda con los cinco cuadros del *Pater*.

1	2	3	4	5
siriaco	caldeo	latino	polaco	español
6	7	8	9	10
portugués	georgiano	italiano	francés	samaritano
11	12	13	14	15
sueco	bretón	tibetano	canadiense	tártaro
16	17	18	19	20
sanscrito	chino	etíope	copto	hindo
21	22	23	24	25
kurdo	hebreo	armenio	árabe	turco
26	27	28	29	30
aleman	inglés	moscovita	danés	eslavo
		31	32	
		noruego	griego.	

Las cuatro puertas no pueden recibir inscripciones, pero los ángulos, necesariamente privados de abertura,

(1) Escribió esto en 1875 el Rdo. Poyet, protonotario apostólico.

(1) *Inde venerunt in montem Oliveti, in cujus declivio ostenditur locus Orationis Domini ad Patrem.*

dan dos inscripciones, lo cual completa el número indicado de las diversas lenguas.

Los peregrinos atravesarán los pórticos de este claustro para ir á orar en la iglesia del *Pater*, y cada cual podrá leer en su propio idioma la oracion que contiene todo cuanto puede el alma desear. Se representarán á Jesús interrogado por uno de sus discípulos, y no le dirán como éste: «Enseñadnos á orar,» sino: «Escuchad la oracion que Vos mismo dictásteis en este lugar.» Recordando que su Padre celestial sabe de antemano todo lo que necesitan y que oye los suspiros del corazon como las palabras de la boca, entrarán en esta iglesia llenos de esperanza, rezarán el *Padre nuestro* con esta fe que traslada las montañas, y saldrán de allí consolados de sus dolores y felices con la consecucion de lo que habian venido á pedir de tan léjos.

No se ha contentado la princesa de la Tour d'Auvergne con hacer construir un bello monumento al Señor; ha querido además que de este sitio subiesen dia y noche incesantes preces al cielo para hacer descender de él bendiciones sobre la Tierra Santa y sus pobladores. A petición suya ha permitido la Santa Sede que viniesen á establecerse en este santuario hijas de santa Teresa de Jesús, convirtiendo el monte Olivete en otro Carmelo (1).

Acaso no falten cristianos que censuren la instalacion de religiosas Carmelitas en tierra de infieles, repitiendo lo que se dijo de un convento de la misma Orden fundado en la Cochinchina: «Otras cosas merecian la preferencia sobre esta: en punto á instituciones religiosas, no teneis aún lo necesario, ¿y os permitis este lujo!» —No, no; las religiosas Carmelitas no son un lujo accesorio que adorna el edificio sin fortificarle. A imitacion del venerable provicario de Saigon, á quien preguntaban qué harian las Carmelitas por la obra comun del apostolado, responderemos: «¿Qué harán nuestras Carmelitas por la Tierra Santa? Preguntad más bien qué hacen la lluvia y el rocío del cielo en la yerba de nuestros prados, en los frutos de nuestros vergeles, en las mieses de nuestros campos. Las Carmelitas del monte Olivete rogarán por la conversion de los infieles y por la vuelta de los herejes y cismáticos al Catolicismo. Creemos en la fecundidad de la oracion y de la penitencia; creemos que producen sus similares, es decir, algo de sobrenatural que se llama la santificacion de las almas. Una digna Hija de santa Teresa está animada de los mismos ardores que abrasaban el corazon de su Madre, y es el más útil de los misioneros una religiosa que ora y sufre para hacer fecundos los trabajos de los que ejercen el ministerio del apostolado de las almas.»

Sí, como en Cochinchina, las conversiones son más numerosas y sinceras; si pueblos enteros piden entrar en la verdadera Iglesia; si judíos y musulmanes solicitan el Bautismo; si esta tierra se hace fecunda, aunque in-

grata; si, en una palabra, este país sacude el paño mortuorio que lo cubre; si, nuevamente iluminado por los esplendores del sol de la fe cristiana, resplandece con nueva claridad en medio de las tinieblas que lo cubren; si se convierte en luminoso faro para guiar hácia la Iglesia católica á tantos infieles y herejes desparramados por esta vasta porcion del Asia; este beneficio se deberá sin duda en gran parte á las oraciones de las Hijas de santa Teresa de Jesús establecidas en el santuario del *Pater* en las alturas del Olivete.

EFEMÉRIDES.

21 MARZO 1616.—*Martirio de un cristiano japonés llamado Romano.*

Era del reino de Bungo, de una familia de la clase media, segun cuenta uno de los historiadores de la Iglesia del Japon (1), pero habia ido al reino de Bugen, donde habia sido bautizado, viviendo de tal modo que servia de ejemplo á los demás cristianos.

Cuando fué perseguido por su religion, no solamente no vaciló, sino que resistió siempre al juez y á sus amigos que le apremiaban para que abandonara su fe; lo que no pudiendo sufrir uno de sus parientes llamado Suiro, hizo de su propia mano un escrito imitando lo mejor posible la letra de Romano, por el cual éste protestaba que abjuraria el Cristianismo y volveria á abrazar el culto de los dioses del Japon; cuyo escrito fué entregado al juez, sin que tuviera conocimiento de ello el interesado, hasta que un neófito lo descubrió. Romano se indignó mucho de que un pariente suyo diese aquel paso, que encerraba para él una gran infamia. Pero así como hasta entonces no le habian condenado más que las apariencias, hizo ostensibles realidades, llevando desde aquel dia al cuello sus rosarios á vista de todo el mundo, con una cruz en la parte inferior, sin que por ningun medio se le indujese á que dejara de hacer ostentacion de esas señales exteriores, por más que los cristianos se lo aconsejasen continuamente, diciéndoles que sus consejos eran buenos para ellos, cuya reputacion tocante á la fe no corria ningun riesgo, pero no para él, que se creia obligado á desvanecer la calumnia que contra él se habia forjado, por medio de todos los signos exteriores que le fueran posibles, como protesta de la fe que se conservaba íntegra en su corazon. Y no contento con esto, fué á encontrar al juez, le descubrió el engaño, se quejó de la injuria, y le declaró su creencia.

Considerándose el juez ofendido por aquella libertad, mandó que lo atasen y lo metiesen en la cárcel, en donde sostuvo dignamente varias arremetidas de sus amigos y hasta de su propia mujer y de su suegra. Desde allí fué trasladado á un calabozo, y condenado á muerte el 21 de Marzo de 1616, de lo cual tuvo gran alegría, pues llenaba el colmo de sus deseos.

Se le condujo, pues, al lugar del suplicio por un camino largo y áspero, el cual quiso recorrer con los pies desnudos, ensangrentándose los, sin que hubiera medio de impedirselo, por más que los cristianos le presentaran sin cesar zapatos. Durante todo este tiempo no hizo sino tratar con Dios con tal atencion que no contestaba á nada de cuanto se le preguntaba, excepto á dos neófitos que le exhortaban á perseverar en la fe hasta el fin, á los cuales dijo que no pasaran cuidado, pues mediante la gracia de Dios no cambiaria. Como le encontrasen ciertos jóvenes, preguntaron á los que le conducian por qué causa se le daba muerte, á lo que les contestaron que porque no querria abjurar la fe de Jesucristo; y dichos jóvenes dijeron en alta voz que los cristianos eran muy miserables y carecian de juicio al morir así por su ley. Romano les miró sonriendo, y elevando una mirada al cielo, exclamó: «¡Bendito sea Dios!» como si hubiese querido decir: «Yo os bendigo, eterno Padre, por haber ocultado esos misterios á los sabios mundanos y haberlos revelado á los pequeños.»

Llegaron, por fin, al sitio donde debia degollarse la víctima como sobre un altar, y Romano se puso de rodillas, rezó largo rato, y el verdugo le cortó la cabeza de un solo golpe, á la misma edad en que Nuestro Señor murió en la cruz, al cual se le pareció en cuanto á su inocencia. Sus padres recogieron su sagrado cuerpo para guardarlo.

(1) *Historia de los Mártires del Japon desde 1612 á 1620*, compuesta en latin por el P. Nicolás Trigaut, de la Compañía de Jesús, y traducida al francés por el P. Pedro Morin, de la misma Compañía.—París: Sebastian Cramoisy, 1624.

(1) Dos Carmelitas Descalzas de Carpentras (diócesis de Aviñon) tomaron posesion del *Pater* en 15 de Octubre de 1874. La primera postulante que debia vestir el hábito de novicia fué una jóven griega, Cecilia Moabah, natural de Beyruth y educada por las Hermanas de la Caridad de Alejandria, la cual tomó el nombre de María-Josefina de Santa Teresa.

Por concesion de Pio IX, del 28 de Mayo de 1876, pueden ganar indulgencia plenaria todos los fieles que habiendo confesado y comulgado visiten la iglesia del *Pater* y rueguen allí por las acostumbradas intenciones.

ESCENAS DE LA SANTA INFANCIA EN EL KIANG-NAN.



I.—Médico bautizante.



II.—Niño hallado en el canal imperial.



III.—Comprador de niños.



IV.—Mercaderes de niños.



V.—Bautismo de niños moribundos.



VI.—Misionero visitando un pequeño huerfanato.